

INICIACIÓN AL VOCABULARIO DEL ANÁLISIS HISTÓRICO

PIERRE VILAR



 **iniciativa
comunista**

E-mail: iniciativacomunista@gmail.com

Twitter: [@IniciativaComun](https://twitter.com/IniciativaComun)

Nota de la presente edición:

Esta edición es una versión digital que mantiene estructura y subrayados de la edición en papel.

Únicamente incluye los tres primeros capítulos del texto original.

Edición: Iniciativa Comunista - 2023

Contenido

1. HISTORIA.....	5
LOS DIVERSOS CONTENIDOS DEL TÉRMINO « HISTORIA».....	5
LAS ETAPAS DE LA HISTORIA COMO MODO DE CONOCIMIENTO.....	11
INTENTO DE DEFINICIÓN DE LA MATERIA Y DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICAS.....	20
2. ESTRUCTURA.....	24
ORÍGENES, SUGERENCIAS Y UTILIZACIONES DE LA PALABRA «ES- TRUCTURA».....	25
EL USO CIENTÍFICO DE LA PALABRA «ESTRUCTURA».....	26
LA NOCIÓN DE ESTRUCTURA EN LA CIENCIA ECONÓMICA.....	29
ESTRUCTURA E HISTORIA.....	32
3. COYUNTURA.....	41
LA NOCIÓN DE COYUNTURA.....	41
CONSEJOS PARA LA UTILIZACIÓN HISTÓRICA DE LA NACIÓN DE CO- YUNTURA.....	54

HISTORIA

LOS DIVERSOS CONTENIDOS DEL TÉRMINO « HISTORIA »

Quizás el peligro mas grave, en la utilización del término «historia», sea el de su doble contenido: «*historia*» *designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de este conocimiento.*

Cuando decimos «historia de Francia», la entendemos como el conjunto de hechos pasados referentes al grupo humano organizado que lleva actualmente este nombre; pero también entendemos por tal nuestros manuales escolares corrientes. Dado que el pasado es pasado, es decir, no renovable por definición, se confunde para nosotros con lo que nos ha sido transmitido. El conocimiento se confunde, así, con la materia.

Así, cuando alguien escribe, como en la fabula: «La historia nos enseña...», se expresa como si el pasado hablara por sí mismo. De hecho, invoca *una tradición.*

Sin embargo, la historia así entendida es una construcción de los que la han escrito en un grado mucho mayor a aquel en que la física es una construcción de los físicos, puesto que toda afirmación de estos puede experimentarse, mientras que en historia, en el mejor de los casos —cuando existe «documentación»—, se puede verificar *un hecho, no una interpretación.* «La historia no se repite». El físico puede decir, en presente condicional: «si hiciera esto, sucedería aquello», y puede verificar de inmediato la validez de su hipótesis. Por el contrario, si el historiador dice (en pasado condicional): «si se hubiera hecho esto, hubiera sucedido aquello», nada le permite probarlo. Como norma general se le aconseja abstenerse de ello.

Pero, entonces, ¿no esta condenado a constatar? ¿Tiene, pues, prohibido *razonar*? Esta cuestión le preocupa legítimamente, puesto que *constatar* no es un oficio enaltecedor, mientras que sí lo es el de *entender, explicar*, con el fin de poder *actuar*. El problema se plantea, pues, en estos términos: ¿de que manera *razonar* sobre una materia en la que no se puede intervenir *experimentalmente*? Falta por saber a qué llamamos «intervenir», a qué llamamos «experiencia», y cuál es esta materia.

Para abordar este problema, reflexionemos sobre otra fórmula familiar: «la historia juzgara...», se oye a menudo.

Dejemos aparte el caso en el que se trata tan sólo del aldabonazo final de un cartel electoral. Por otra parte, incluso así, el prestigio equivoco del término «historia» incita a algunas reflexiones. Pero enfrentémonos con un documento importante de nuestro tiempo: Fidel Castro tituló la defensa que el mismo pronunció ante el tribunal encargado de juzgarle por el intento de asalto al cuartel Moncada: «*La historia me absolverá.*». A primera vista, este título parece adoptar el sentido clásico, es decir, banal, de la fórmula que da a la historia el papel de tribunal de apelación en asuntos políticos. Pero, pensándolo bien, incluso este sentido puede implicar otros contenidos.

En efecto, «la historia me absolverá» puede significar en primer término: el tribunal va a condenarme, pero el *recuerdo colectivo* que se conservará del hecho acabará siéndome favorable. Y esta noción de «recuerdo colectivo» es otro aspecto del término «historia». Sin embargo, cae dentro de la misma crítica que hemos dirigido a la historia-tradición. El juicio *moral* del recuerdo colectivo corre el riesgo de no ser en la realidad mas que el de la *historiografía dominante*. Ahora bien, todo juicio moral tiene a su vez implicaciones *políticas*, que surgen a su vez de las *luchas* concretas, en especial de las *luchas de clases*. Por ello, la mayor parte de las acciones y de los hombres que han desempeñado un papel importante han originado dos corrientes históricas opuestas, adversa una y favorable la otra. Y no debe excluirse que una causa triunfante llegue a eliminar toda la historiografía adversa. Así es como la tradición democrática burguesa, en Francia, ha exaltado 1789 y condenado a Robespierre, casi sin contradicción hasta Mathiez. Si Fidel Castro, poco tiempo después del fracaso de Moncada, no hubiera hecho triunfar la revolución cubana, su condena hubiera sido probablemente revisada, pero ¿cuándo? ¿Y por parte de quien? Sobre esto no caben sino hipótesis.

Solo tenemos una *certidumbre*: la revolución cubana *se ha producido*. La revisión del juicio no ha dependido, pues, únicamente, de los hombres que *escriben* la historia. Ha dependido también de los que *la hacen*. Han sido «las cosas», como suele decirse, las que han «actuado» a favor de la previsión contenida en la fórmula. Lo que nos lleva a descubrir, en «la historia me absolverá», una nueva acepción mas de la voz «historia». De hecho, el alegato que lleva este nombre consistía menos en demostrar que la rebelión de los acusados era *moralmente* «justa» (aunque esto sea también importante), que en demostrar que era «justa» *políticamente*, a saber, en el sentido *intelectual* de la palabra.

Frente a un sistema socio-político ya absurdo, la rebelión se presentaba como «necesaria», y por tanto como necesariamente *victoriosa* a mas o menos largo plazo. Con ello el problema se plantea en los términos de la posibilidad de *una previsión inteligente de los hechos a partir de un análisis correcto de sus factores*. La «historia» invocada no es ya entonces la historiografía escrita que «juzga» moralmente un acto o un hombre, sino la *historia-materia*, la *historia-objeto* que, con su dinámica propia, «zanja» un debate a la vez teórico y práctico, dando la razón, con los hechos, a quien ha sido capaz del mejor análisis.

Me objetaréis que la historia así entendida es el mecanismo de los hechos sociales, *no solo pasados, sino presentes y futuros*, lo que en materia de conocimientos constituye el tema de la *sociología*, y en materia de acción, el tema de la *política*. Pero ¿que otra cosa se propone la historia que no sea, en el mejor de los casos, edificar una *sociología del pasado*, y de forma frecuente – durante mucho tiempo la mas frecuente –, *reconstituir una política*? En ambos casos esta claro que la *materia* de la historia es la misma que la que tratan los sociólogos, y que la que manejan los políticos, por desgracia casi siempre de manera empírica.

Hay entonces dos posiciones posibles: una consiste en encerrar al historiador precisamente en este terreno de lo empírico y lo incierto que

por experiencia se atribuye a las *decisiones* y a los *acontecimientos* políticos. La otra consiste en empujarle, al contrario, hacia un análisis sociológico con la penetración suficiente para eliminar *la apariencia de incertidumbre de la mayor parte posible de hechos sociales*.

La primera posición ha sido durante largo tiempo la de los historiadores positivistas, preocupados exclusivamente en *hacer un relato exacto de los acontecimientos* (políticos, militares y diplomáticos principalmente).

Para algunos teóricos –o sedicentes teóricos– la historia es todavía esto. Pienso en Raymond Aron, publicista internacional, sociólogo vulgar, en el sentido en que Marx hablaba, en el siglo pasado, de «economistas vulgares», es decir, más preocupados por la propaganda ideológica que por la ciencia, pero cuya carrera se inauguró en 1938 con una *Introducción a la filosofía de la historia*, todavía hoy recomendada a veces como una obra fundamental. De hecho, no se trata de una obra demasiado original puesto que resume las posiciones de la sociología alemana del medio siglo anterior, y da con ello una definición de la historia corriente *hacia 1880*. Citaré, sin embargo, sus axiomas principales –brillantes, por otra parte–, puesto que constituyen una excelente síntesis de toda una corriente de pensamiento.

«Para hacer revivir el pasado lo que necesitamos no es una ciencia, sino documentos y nuestra experiencia.»

«La función de la historia es restituir al pasado humano los caracteres de la realidad política vivida actualmente; para esta tarea positiva bastan juicios probables y relativos. El sentido de la investigación causal del historiador consiste menos en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico que en devolver al pasado la incertidumbre del futuro.»

«La ciencia histórica, resurrección de la política, se hace contemporánea de sus héroes.»

«El historiador es un experto, no un físico. No busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, sino en la cerilla del fumador.»

Desde esta perspectiva, aunque se utilice el término «ciencia histórica» es evidente que se trata de una «ciencia» muy extraña, puesto que su función sería «restituir una incertidumbre».

Más bien nos sugiere una disciplina literaria que, gracias a la habilidad en descubrir documentos y al talento para trasponer experiencias humanas, «reanimaría el pasado», «resucitaría la política», a la vez que se abstendría de dibujar los grandes rasgos y de medir las fuerzas profundas, ciñéndose el historiador, por su oficio, a las «causas inmediatas», a saber, al atentado de Sarajevo como «causa» de la guerra de 1914, o a la masacre del bulevar de Capucines como «causa» de la revolución de 1848.

No juzgo, *de momento*, esta posición que, obviamente, no es la mía. Me limito a señalarla como una de las concepciones de la historia y del oficio de historiador que ha gozado durante mucho tiempo de aceptación y que a veces

todavía goza de ella.

El interés de los axiomas de Aron es otro. Basta con *volverlos exactamente del revés* para definir de la mejor manera posible otra concepción de la historia, progresivamente separada de las concepciones primitivas y de las limitaciones positivistas, anunciada por numerosos precursores pero netamente definida por vez primera por Marx y Engels, y convertida hoy —no sin resistencias, imperfecciones y contradicciones— en un campo científico que se empieza a cultivar. Al invertir las fórmulas de Raymond Aron no lo hago sólo por juego sino porque me parece instructivo buscar así la expresión más clara de una actividad del historiador en vías de afirmarse como actividad científica.

Allí donde Raymond Aron afirma:

Para hacer revivir el pasado, lo que necesitamos no es una ciencia, sino documentos y nuestra experiencia... La función de la historia es restituir al pasado humano los caracteres de la realidad política vivida actualmente; para esta tarea positiva bastan juicios probables y relativos....

yo propongo que se diga:

El objetivo de la historia no es «hacer *revivir* el pasado», sino *comprenderlo*. Para esto hay que desconfiar de los documentos brutos, de las supuestas experiencias vividas, de los juicios probables y relativos. Para hacer un trabajo de historiador *no basta* con hacer revivir una realidad política, sino que debe someterse un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico.

En lugar de decir, como lo hace Raymond Aron,

El sentido de la investigación causal del historiador consiste menos en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico que en devolver al pasado la incertidumbre del futuro... La ciencia histórica, resurrección de la política, se vuelve contemporánea de sus héroes,

me gustaría decir:

El sentido *esencial* de la investigación causal del historiador consiste en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico, gracias a los cuales la incertidumbre *aparente* de los acontecimientos particulares se desvanece ante la *información global* de la que carecían sus contemporáneos, y que nosotros podemos tener...

Finalmente, en lugar de la sorprendente fórmula:

El historiador es un experto, no un físico. No busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, sino en la cerilla del fumador.

yo afirmaré contundentemente:

El historiador es un físico, no un experto. Busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, no en la cerilla del fumador.

El análisis causal de la explosión de 1914 se centra en el imperialismo, no en el atentado de Sarajevo.

Henos aquí ante dos concepciones diametralmente opuestas tanto de la historia-materia como de la historia-conocimiento. Para unos, la historia-materia es esencialmente el mundo de las decisiones políticas; para otros, es el conjunto de los mecanismos de la sociedad. Para unos, la historia-conocimiento es la explicación del hecho por el hecho; para otros, es la explicación del mayor número posible de hechos a través del estudio del juego recíproco de las relaciones entre los hechos de todo tipo.

Es obvio que la existencia misma de concepciones tan opuestas, el doble sentido de la palabra «historia» —historia-materia e historia-conocimiento—, la forma equívoca y vaga con que se emplean frecuentemente uno y otro de estos sentidos, son motivos de peso para suscitar una cierta desconfianza.

He recordado que Louis Althusser, epistemólogo marxista, y que, por tanto, admite el materialismo histórico como ciencia *posible*, nos previene, sin embargo, contra la imprecisión

del concepto de historia.

Él mismo —aunque quizá lo haga para subrayar esta imprecisión— utiliza en una misma frase la voz «historia» en varios sentidos (tres como mínimo).

Al preguntarse si debe considerarse la obra de Marx como un todo, o bien considerar sus obras de juventud como etapas no características de su pensamiento, Althusser defiende esta segunda actitud escribiendo:

Como si nos arriesgáramos a perder a Marx entero, abandonando, como él, su juventud a la historia, como si nos arriesgáramos a perder a Marx entero sometiéndolo a su propia juventud a la crítica radical de la historia, no de la historia inmediata sino de la historia pensada, sobre la que él mismo nos dio en su madurez no la verdad en el sentido hegeliano sino los principios de una inteligencia científica.

Al principio de esta larga frase, en la que la palabra «historia» aparece cuatro veces, la expresión «abandonar algo a la historia» parece significar: considerar este algo como superado, como desprovisto de interés para el futuro; y por fuerza reconocemos aquí el eco de las fórmulas corrientes «dejemos esto para la historia», «esto tiene únicamente un interés histórico», fórmulas que relegan espontáneamente las preocupaciones del historiador al almacén de las curiosidades y que hacen de la historia el dominio de las cosas *muertas*, aunque sean cosas «gloriosas» («frases históricas», «monumentos históricos», actitudes pasadas a la historia).

Sin embargo, en la frase de Althusser, estas acepciones banales de la voz «historia» vienen inmediatamente seguidas, y contradichas, por un empleo más raro —y más marxista— de la noción, en el que se trata de someter un hecho

—en este caso la juventud de Marx— «a la crítica radical de la historia». Ahora bien, como se añade: «no de la historia que iba a vivir, sino de la historia que vivía», es evidente que se trata aquí del *conjunto de hechos que condicionan una vida humana*, y, por consiguiente, de la historia-materia, de la historia-objeto, considerada como algo que ejerce por sí mismo una «crítica» sobre esta vida.

Pero Althusser ha señalado en otra parte el peligro —ciertamente serio en muchos escritos marxistas— que supondría considerar la historia en sí misma, la Historia con H mayúscula, como una especie de personaje mítico emitiendo sus propios juicios, con lo que se podría prescindir de todo tipo de análisis. En un tercer momento Althusser invoca también la necesidad de una historia-conocimiento, no «inmediata» sino «pensada», la misma sobre la que Marx habría dado no la verdad absoluta sino «los principios de la inteligencia científica». En esto coincide con el pensamiento del economista Joseph Schumpeter, que atribuía a Marx, como principal mérito, el de haber sentado los principios de una «historia razonada».

Si ahora clasificamos los sentidos que hemos visto atribuir a la voz «historia», sucesiva o simultáneamente, podemos, en líneas generales, distinguir tres grandes concepciones de la historia-objeto, a las que corresponden naturalmente tres grandes concepciones de la historia-conocimiento:

1) . Para muchos, la materia de la historia es cualquier cosa pasada, y «saber historia», para algunos eruditos y para los juegos televisivos, consiste en memorizar el mayor número posible de estos hechos dispares. Lucien Febvre evocó la irritación del historiador que se oye decir «por unas voces cándidas y cordiales: usted que es historiador debe de saber esto... ¿Cuál es la fecha de la muerte del papa Anacleto? ¿Y la del sultán Mahmud?».

2) Para otros, la materia histórica queda un poco mejor definida. Es el terreno de los hechos «destacados», conservados por la «tradición», el «recuerdo colectivo», los relatos oficiales, debidamente controlados por los documentos y aureolados por el prestigio y el testimonio de los monumentos y de los textos, de «las artes y las letras», como se decía antaño. Conocimiento ya más elaborado, ni omisible ni despreciable, pero fundado en una elección de los hechos que no tiene nada de científica, y asaltado inconscientemente por los prejuicios morales, sociales, políticos o religiosos, capaz en el mejor de los casos de proponer un placer estético a unas minorías y, en el terreno de los acontecimientos, de «hacernos revivir una incertidumbre».

3) Para otros, finalmente, la materia de la historia es también el conjunto de los hechos pasados, pero no sólo de los hechos «curiosos» o «destacados», puesto que, si bien se mira, los grandes rasgos de la evolución humana han dependido sobre todo del *resultado estadístico de los hechos anónimos*: de aquellos cuya repetición determina los movimientos de población, la capacidad de la producción, la aparición de las instituciones, las luchas secretas o violentas entre las clases sociales —*hechos de masas* todos ellos que tienen su *propia dinámica*, de entre los que no se deben eliminar, pero sí resituar, los hechos más clásicamente llamados «históricos»: incidentes políticos, guerras, diplomacia, rebeliones, revoluciones. Este enorme conjunto es *susceptible de análisis científico*

como cualquier otro proceso natural, a la vez que presenta unos rasgos específicos debido a la intervención humana. La historia-conocimiento se *convierte en ciencia* en la medida en que descubre *procedimientos de análisis originales* adecuados a esta materia particular. ¿Es *ya* una ciencia? ¿Los ha descubierto *ya*?

LAS ETAPAS DE LA HISTORIA COMO MODO DE CONOCIMIENTO

Las incoherencias que hemos constatado en la utilización del término «historia» ¿son desalentadoras a este respecto?

Merece la pena recordar que todas las ciencias se han elaborado a partir de interrogantes dispares, a los que se fue dando sucesivamente respuestas *cada vez más científicas*, con puntos de partida, saltos hacia adelante y retrocesos, pero nunca, como se dice hoy en día con demasiada frecuencia bajo la influencia difusa de Bachelard y Foucault, con «cortes» absolutos entre las respuestas no científicas y las respuestas científicas.

Con mayor acierto, el filósofo Paul Ricoeur ha observado que no existe diferencia sustancial entre, por una parte, las «rectificaciones» sucesivas que han transformado las cosmologías primitivas en la física actual y, por otra, las rectificaciones que han convertido las tradiciones primitivas en la ciencia histórica tal y como la conocemos actualmente.

Es cierto que las ciencias humanas, precisamente porque tratan del hombre, de sus intereses, de sus instituciones, de sus grupos, y porque dependen de la conciencia —tan a menudo falsa— que los hombres tienen de ellos mismos, llevan un retraso respecto a las ciencias de la naturaleza. Es una banalidad recordarlo. Pero limitémonos a evocar la física del siglo XVIII con sus falsos conceptos y sus curiosidades pueriles, y el retraso de la historia nos parecerá menos cruel.

Intentemos, pues, ver de qué forma el modo de conocimiento histórico ha progresado, progresa y puede progresar hacia la categoría de ciencia. Hoy nadie niega el interés de la historia de las ciencias. «La historia de la historia» —entendida de forma más amplia que algunas «historias de la historiografía», interesantes pero limitadas— sería quizás el ejercicio histórico más fructífero que pudiera uno proponerse. Me limitaré a hacer algunas observaciones y a trazar un breve esquema.

1. *Primera observación*

La necesidad de un conocimiento histórico-sociológico es tan antigua y tan universal como la necesidad de un conocimiento de la naturaleza. Una humanidad —global o parcial— que no tuviera ninguna conciencia de su pasado sería tan anormal como un individuo amnésico. Existe, pues, un campo de conocimiento —por otra parte con una función práctica— al que debe arrancarse de su estado primitivo. La existencia de formas de historia no científicas no

autoriza a pensar que sea imposible o inútil llegar a un conocimiento y a una interpretación justa de las sociedades pasadas. Al contrario, en la medida en que el pasado humano es mal conocido, mal interpretado, los hombres, y los grupos de hombres, tienen una visión incorrecta de su *presente* y de su *futuro*. Y, como es natural, esto tiene también un alcance práctico.

2. Segunda observación

De hecho, tanto en el caso de los grupos como en el de las personas, la memoria no registra, sino que *construye*. Las formas primitivas de la historia son el *mito*, que tiene su lógica interna, y la *crónica*, que relata los acontecimientos desde el punto de vista de intereses específicos.

a) Los *mitos* constituyen actualmente uno de los estudios favoritos de los etnólogos y psicólogos, como búsqueda de una lógica de las formas, reveladora de rasgos comunes en las estructuras, de comunicación. Esta investigación no debería desestimar el *contenido histórico* de algunos mitos,

cuando no el de todos. Es sabido que la arqueología ha verificado algunos datos bíblicos u homéricos considerados durante mucho tiempo como imaginarios. Nos encontramos ante un campo común a los etnólogos, sociólogos, psicólogos, historiadores, siempre y cuando estas disciplinas colaboren, sin imponer ni excluir.

b) Las *crónicas* consignan los acontecimientos relevantes (generalmente políticos y militares) de una época (generalmente de un «reinado»). Son a menudo los primeros testimonios escritos del pasado y, por tanto, los primeros documentos de la *historia* propiamente dicha, dado que los tiempos anteriores a la escritura se clasifican por definición dentro de la «prehistoria».

A pesar de todo, una historia anónima, basada en fragmentos de cerámica y en niveles arqueológicos, no nos satisface en absoluto.

Lo que hace posible la historia es la *coexistencia* y la *combinación* del testimonio *subjetivo* que nos cuenta lo que pretendían hacer los actores de la historia política, con el *documento objetivo* (no sólo restos y objetos, sino cifras conservadas, escritos redactados por razones prácticas y no para ilustrar a una minoría dirigente). Puesto que a través de esta combinación podemos aspirar a confrontar los *acontecimientos* y las *intenciones* —la historia «externa», aparente— *a los hechos de masas* —historia «interna» de las sociedades, mundo de las necesidades subyacentes— .

Sin embargo, este *doble registro de las fuentes de la historia* se descuida a menudo. *Crónicas* y *memorias* —relatos de acontecimientos y testimonios subjetivos— han constituido durante largo tiempo el fondo del saber histórico, Y es cierto que para los siglos oscuros las crónicas son a menudo el único medio disponible para trazar el marco indispensable a toda historia: una sólida *cronología*.

3. Tercera observación: sobre la historia como género literario

La evocación literaria ha respondido también, al margen de toda regla científica, a la necesidad instintiva de conocimiento del pasado que ya hemos señalado. Esto mismo ha favorecido los embellecimientos, las invenciones, la retórica, el moralismo y las apologías religiosas, políticas y nacionales. La literatura histórica corriente ha constituido, a lo largo de los siglos, un galimatías peligroso. Todavía hoy lo es en el caso de más de un *best-seller*. Las crónicas y las memorias, que *tienen valor de fuente y cuyas vinculaciones nos son conocidas*, son siempre preferibles, como lectura, a las reconstrucciones mediocres.

¿Puede decirse que la historia —como género literario— no ha aportado nada interesante al modo de conocimiento histórico? No. Porque ha habido historiadores geniales. Se ha observado a menudo que, incluso en medicina, las descripciones sin base científica, pero llevadas a término genialmente, habían sido útiles durante largo tiempo para la práctica médica. De la misma manera, en historia hay grandes obras evocadoras que todavía dominan con provecho nuestra visión del pasado. H. L. Marrou escribe con acierto:

Hoy día, para conocer a Tiberio, a Claudio y a Nerón tenemos muchos caminos aparte de las *Historias* y de los *Anales*, y, sin embargo, releemos a Tácito, en tanto que *historiadores* se entiende.

«En tanto que historiadores» significa: con provecho, incluso para nuestras exigencias modernas.

También los mejores historiadores antiguos, sin responder exactamente a estas exigencias, han intentado, no obstante, esbozar a su manera sistemas de explicación: Tucídides se esfuerza en enlazar entre ellos los acontecimientos, en confrontar las decisiones con las posibilidades; Polibio intenta análisis casi sociológicos de las instituciones. En estos primeros ensayos resulta, pues, interesante ver nacer el espíritu del análisis histórico.

Pero son demasiados los filósofos (Raymond Aron, François Châtelet) que tienden a fundar en estos inicios lejanos su noción de la historia en general, como si nada hubiese pasado después de Tucídides. También hay lingüistas — Barthes, Greimas— que intentan definir las estructuras particulares del «discurso histórico» a partir de los historiadores clásicos, es decir, literarios. Este método puede efectivamente esclarecer la forma espontánea con que el espíritu humano aborda los problemas del conocimiento del pasado, y ayudar con ello a definir mejor la historia. Pero es evidente que no resuelve los problemas científicos complejos que se plantea el historiador actual.

4. Cuarto grupo de observaciones: la aparición de exigencias científicas en la definición y en la práctica de la historia: el siglo XVI.

No conviene dar una importancia excesiva a los «precursores»: siempre se descubren nuevos. Y es cierto que, a dos o tres siglos de distancia, la modificación

de las estructuras mentales y del sentido de las palabras hace difícil las confrontaciones. Una vez hechas estas reservas, resulta instructivo seguir la aparición, a menudo más precoz de lo que se imagina, del deseo de rigor y de profundización en la definición y el tratamiento de la materia histórica. Cuando Abenjalidún, sabio musulmán, nacido en Túnez, escribe en 1375, en los prolegómenos de una *Historia Universal*:

La historia, sepámoslo, tiene como verdadero objetivo el hacernos comprender el estado social del hombre y el de instruirnos acerca de todos los cambios que la naturaleza de las cosas puede aportar a la naturaleza de la sociedad,

poco nos falta para suscribir esta definición, lo que no equivale a decir que la *Historia* de Abenjalidún responda, en la práctica, a nuestras exigencias. Pero no olvidemos que en Francia, en aquel mismo momento, Froissart se proponía como objetivo en el prólogo de su *Crónica* relatar hechos militares importantes y «grandes maravillas». Singular distancia entre dos contemporáneos, cuyas obras, sin embargo, se califican por igual como «históricas».

Para el Occidente europeo la preocupación científica en cuestión de historia nace, como muchas otras manifestaciones del espíritu moderno, con el Humanismo, la Reforma y el Renacimiento, es decir, entre el último cuarto del siglo XV y el último cuarto del siglo XVI. Esta preocupación se expresa bajo dos formas complementarias que inicialmente convergen sólo de forma ocasional, que divergen con demasiada frecuencia, y cuya conjunción condiciona, sin embargo, el desarrollo científico de la historia:

1) La preocupación *crítica*, que consiste en no aceptar la existencia de un hecho, la autenticidad de un texto, hasta después de verificaciones minuciosas.

2) La preocupación *constructiva*, que consiste en elegir determinado tipo de hechos, en confrontarlos y en buscar las correlaciones, con el fin de resolver un *problema* planteado por el pasado humano (problema económico, problema social, problema institucional, problema espiritual, o toda combinación compleja de estos problemas).

La *preocupación crítica* se manifiesta, a finales del siglo XV y durante el XVI, tanto en el descubrimiento de textos y de monumentos de la antigüedad como en el deseo de una reforma en el campo religioso; la importancia, en este terreno, de los textos *sagrados* arrastra a los espíritus reformadores a la *crítica de textos*; crítica que no basta para fundar una ciencia histórica, pero que es una *condición necesaria*; es imposible razonar de forma válida a partir de documentos materialmente falsos o mal conocidos en su forma original.

La *preocupación constructiva* se manifiesta cuando los sabios, los filósofos y los juristas aplican las investigaciones eruditas a la solución de un problema, incluso cuando este problema es todavía secundario y parcial. Así, cuando el humanista Guillaume Budé se propone estudiar, en *De Asse*, la moneda romana, no se limita a describir; intenta hacer comparaciones a largo plazo entre el poder adquisitivo de las monedas antiguas y modernas; y para esto consulta con su panadero para saber qué cantidad de grano se requiere para tal

cantidad de pan, qué cantidad de trigo produce la tierra alrededor de París, qué cantidad de metal contenían las monedas antiguas, etc. Hasta el punto de que se ha podido escribir: «Si la ciencia puede definirse como el conocimiento metódico de las cosas, fue el instinto de un verdadero sabio el que dio a Guillaume Budé la ambición de escribir *De Asse*».

Lo mismo puede decirse, y por las mismas razones, de la *Réponse a M. de Malestroict* «sobre el asunto de las monedas», de Jean Bodin, que, en 1568, resuelve, con una serie de observaciones eruditas y críticas sobre las monedas y los precios, y con una serie de razonamientos generales, el problema concreto: el alza brutal del coste de la vida en el siglo xvi ¿se debe a las devaluaciones sucesivas de la libra, moneda nominal francesa, o bien a la desvalorización progresiva del metal de plata debida a los grandes descubrimientos?

Se me objetará que en ambos casos se trata más de economía que de historia clásica, pero es que la economía, al exigir datos *en cifras*, es el primer campo en que el razonamiento y la hipótesis son susceptibles de verificaciones concretas. Añadamos a esto que la cuestión de las consecuencias de los descubrimientos era, en el siglo xvi, un problema *práctico*, que afectaba a la vida cotidiana; y que todavía hoy preside todo un sector de la historia general: primer paso en la explotación del mundo por los europeos, creación de un primer mercado mundial, principios de la acumulación del capital comercial, etc. El hecho de que se hayan intentado ensayos de «conocimiento metódico» de estas cuestiones, desde una perspectiva histórica, en el mismo momento en que se producían, hace remontar a bastante atrás la aparición de un espíritu científico en historia.

Tampoco en este caso, como en el de Abenjaldún, significa que Guillaume Budé o Jean Bodin tuvieran a su disposición todo el «instrumental mental» — expresión predilecta de Lucien Febvre — necesario para una verdadera ciencia. Aún hoy no lo tenemos... Sepamos que la conciencia de un hombre del siglo XVI seguía dominada por toda una herencia intelectual y espiritual que no puede por menos que sorprendernos, y en la que entramos con dificultad. Bodin, autor de los *Seis libros de la República* y de un *Método de la historia*, yuxtapone en sus escritos unas preocupaciones casi modernas y una curiosidad apasionada por la demonología y la astrología, por no hablar de las tradicionales consideraciones morales y religiosas y del galimatías erudito. Seamos, pues, prudentes en nuestra búsqueda de los orígenes. Pero no seríamos historiadores si nos olvidáramos de anotar, evitando a la vez cuidadosamente todo anacronismo, cada paso adelante del conocimiento.

5. *El siglo XVII. Francia y la erudición. Inglaterra y la «aritmética política»*

No nos sorprendamos si la constitución de la historia en ciencia pasa por retrasos, avances parciales, desarrollos desiguales.

No nos sorprendamos tampoco al constatar que las *controversias ideológicas* y los *intereses prácticos* no han sido, en determinadas circunstancias, extraños a esta constitución.

De este modo, las acusaciones de los protestantes contra la credulidad de los católicos ante las leyendas incitaron a algunos medios católicos a una hipercrítica de las tradiciones: los jesuitas de Amberes, con Joseph Bolland al editar las *Acta sanctorum*, llegaron a negar toda validez a cualquier tipo de documento de la época merovingia o carolingia.

Pero esta desconfianza ponía en discusión los derechos de las comunidades religiosas más antiguas, derechos que se basaban en documentos de estos períodos. Ésta fue la ocasión para que dom Mabillon (1632-1707) creara en la *De re diplomatica* (1681) la *diplomática*, ciencia del documento, capaz de demostrar, a partir de indicios materiales, la autenticidad o falsedad de un acta. La tarea, continuada por la congregación de Saint-Maur, ha aportado *las condiciones para un conocimiento seguro de la Edad media*.

De momento se trata tan sólo de una *crítica erudita*, condición *necesaria pero no suficiente* para una ciencia histórica.

En la Francia del siglo XVII, contemporáneamente a dom Mabillon, comprobamos en las concepciones de la historia más corrientes, más oficiales, un retroceso muy claro sobre los progresos del siglo XVI: Luis XIV se hace acompañar por «historiógrafos» oficiales (entre los cuales Racine); y Bossuet, en su *Discurso sobre la historia universal*, persigue tan sólo desvelar «los juicios secretos de Dios», «para hacer temblar a toda criatura».

En compensación, hay que tomar conciencia, respecto a este mismo período (1680-1710), de una etapa *importante para el futuro del pensamiento histórico*. Se produce en Inglaterra: con Graunt nacen los primeros ensayos de *demografía histórica*, mediante la observación del número de nacimientos y de muertes registrados en las parroquias de Londres; con Gregory King los primeros ensayos para evaluar lo que hoy llamamos el *producto nacional* de diversos países (Inglaterra, Francia); con William Petty los primeros ensayos de lo que él denominó «la aritmética política» (inducciones y deducciones a partir de las estadísticas de estado).

Constatamos que, igual que en el siglo XVI, las innovaciones más originales se producen en el terreno económico. Pero se trata de hechos observados durante un período de tiempo y con una *preocupación política* (como demuestra el título elegido por William Petty). Sabemos hoy que este tipo de investigaciones —los hechos masivos, sometidos a un cálculo de probabilidades y estadísticamente observables— constituyen, si no toda la materia histórica, cuando menos sus bases, sus fundamentos.

6. *La aportación del siglo XVIII. Principios de análisis, aspiración a las síntesis*

La primera mitad del siglo XVIII ve nacer la *aspiración teórica* con el italiano Gianbattista Vico que busca una «ciencia nueva» a través de la reflexión sobre el aspecto «*cíclico*» del desarrollo de los grupos humanos, y con Montesquieu, más sociólogo que historiador, pero quien afirma: «En primer lugar he examinado a

los hombres y he creído que en esta infinita diversidad de leyes y de costumbres no los guiaba únicamente su fantasía» (prefacio a *El Espíritu de las leyes*).

Pero es Voltaire, en sus *Nuevas consideraciones sobre la historia* (1744), el primero en comparar la evolución posible de la historia con la de las ciencias físicas: «quizá suceda pronto en la forma de escribir la historia lo que ha sucedido en la física. Los nuevos descubrimientos han proscrito los sistemas antiguos...».

Era este (por otra parte para las dos ciencias) un optimismo prematuro, pero justo a largo plazo.

De hecho, lo más interesante en la actitud manifestada por Voltaire hacia la historia es el *cambio en el tipo de curiosidades* del historiador. Con su habitual ironía denuncia no sólo las fábulas aceptadas todavía por los hombres de su tiempo, sino también el gusto por las *anécdotas* históricas, por las «bagatelas ilustres» que constituyen los relatos de la corte, tan poco interesantes como las murmuraciones de las pequeñas ciudades, a las que son aficionadas las mujeres de provincias. Finalmente, condena también después de haber leído, según dice, cuatro mil descripciones de batallas y algunos centenares de tratados, la historia diplomática y militar pura: «En el fondo me quedaba igual que antes... sólo me enteraba de acontecimientos».

Traza entonces un cuadro de lo que querría saber (y que raramente se le dice): ¿cuáles son las fuerzas de un país antes de una guerra? Y dicha guerra ¿las ha aumentado o disminuido? España ¿ha sido más rica o más pobre después de sus lejanas conquistas? ¿Por qué Amsterdam pasó en 200 años de 20.000 a 240.000 habitantes?

En resumen: se trata de cambiar la *materia habitual* y la *problemática* de la historia.

Esta tendencia culmina a finales de siglo con Condorcet, en su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1794), donde sienta el principio de la *posibilidad de un conocimiento científico* de los hechos humanos, sociales, y de su *previsibilidad*, siempre que no se atribuya a las conjeturas sociológicas «una certidumbre superior a la que resulta del número, de la constancia, de la certidumbre de las observaciones».

Constatamos en ello unas exigencias —aquí todavía prematuras— de *síntesis* acerca de la historia humana.

Pero el mismo Condorcet ha abierto vías muy nuevas para el *análisis*: fue el primero en intentar descubrir cuál sería el procedimiento matemático que permitiría estimar la representatividad de un hombre o de una opinión a través de un procedimiento de elección, lo que coincide con los esfuerzos actuales de la matemática sociológica.

Finalmente, el siglo XVIII ha proseguido algunas investigaciones, cuyo principio se había descubierto, como hemos visto, a finales del siglo XVII en Inglaterra: Voltaire se felicita de que un holandés haya establecido la proporción que permite relacionar el número de nacimientos con el número de habitantes; es una alusión a los progresos sensibles de la demografía realizados por el prusiano Süssmilch y los franceses Moheau y Messange.

También la *historia económica* nace en el siglo XVIII, en

España y en Polonia: «hemos coordinado una historia económica», escribe el catalán Capmany. Y los creadores de la economía clásica, como Adam Smith, se muestran historiadores de buen grado, y plantean los problemas de las grandes unidades cuantitativas que es necesario conocer para hacer la historia de las «naciones» (producto nacional, población activa, etc.). Voltaire señala que son estos conocimientos económicos los que le han faltado a Montesquieu para establecer una verdadera ciencia de las sociedades.

Cabe señalar que esta vigorosa ofensiva del espíritu histórico coincide con el carácter dinámico y revolucionario del siglo XVIII, cuando la burguesía no duda ni en criticar la forma

de escribir la historia del Antiguo Régimen, ni en esperar escribir un día la historia científicamente.

7. El siglo XIX. Auge y desviación de la investigación histórica: aparición de una teoría general, y posterior divorcio entre disciplinas sociológicas

En un sentido, el siglo XIX se presenta como el del triunfo de la historia. H. I. Marrou habla, a este respecto, de una «inflación de los valores históricos», debida al impresionante desarrollo de las *técnicas* históricas, arqueológicas, filológicas (prehistoria, egiptología, desciframiento de las lenguas orientales antiguas, excavaciones micénicas, etc.), a la publicación de las *grandes* recopilaciones de fuentes (Niebuhr, Mommsen, para la antigüedad, *Monumenta Germaniae historica* para la Edad Media...), y finalmente a la aparición de las grandes historias nacionales: Ranke, Macaulay, Michelet...

«El historiador era entonces el rey —escribe H. I. Marrou—; toda la cultura estaba pendiente de sus dictámenes; a él le tocaba decir cómo debía leerse la *Iliada*, qué era una nación, ... si Jesús era Dios...»

Hegel había propuesto «presentar el contenido mismo de la Historia Universal» a través de los progresos de la Idea. Los historiadores alemanes ponían de relieve las originalidades germánicas; los historiadores franceses, la lucha entre la nobleza y el tercer estado (Guizot, Thierry) o bien el papel del «pueblo» (Michelet, Mignet). De hecho, la historia, a pesar de reclamarse de las excavaciones y de los archivos, seguía siendo a la vez *literatura e ideología*.

Entre 1847 y 1867, las grandes obras de Marx y Engels proponen, por el contrario, en la línea de algunos planteamientos del siglo XVIII, una *teoría general de las sociedades en movimiento*, cuya originalidad consiste en aunar, mediante la observación y el razonamiento, 1) el *análisis económico*, 2) el *análisis sociológico*, 3) el *análisis* de las «formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas, en resumen de las formas ideológicas a través de las cuales los hombres toman conciencia de sus conflictos y los llevan hasta el final...».

Las constataciones, al menos en el terreno de las «condiciones de la producción económica», deben hacerse «con el espíritu de rigor de las ciencias

naturales», y es posible hacerlas así debido a que «la historia se desarrolla hasta nuestros días como un proceso de la naturaleza» (Engels, 1890).

No es que el hombre no intervenga: «los hombres hacen su propia historia». Pero el resultado, estadístico o combinatorio, de sus acciones y decisiones conjugadas se les escapa y se convierte en un *fenómeno objetivo*. Queda por saber si desde hace un siglo se ha intentado realmente la consolidación científica de la historia así legitimada. Aquí cabe distinguir:

Los *seguidores originales de Marx* deben buscarse entre sus *discípulos hombres de acción*. Porque Marx había precisado que el objetivo de su obra teórica no era interpretar el mundo, sino cambiarlo, es decir, hacer servir el análisis histórico para entender profundamente el hecho social e influir sobre sus modificaciones. Esto fue lo que intentaron los revolucionarios y constructores del socialismo que se decían marxistas.

La *investigación erudita sobre el conjunto del pasado*, desde los años 1870-80 hasta los años 1920-30, se benefició poco, por el contrario, de la aportación teórica de Marx, sometida como estaba a la reacción espontánea de la ideología dominante. El pensamiento económico giró en torno a la teoría abstracta, subjetivista, individualista de la «utilidad marginal» y del «equilibrio» (Walras, Pareto); la sociología, en torno al estudio de las formas sociales (Max Weber, Durkheim); y la historia centró su pundonor en limitarse a establecer «pequeños hechos verdaderos» (monografías económicas alemanas, historia política «fáctica» francesa). Hacia 1900,

esta historia positivista triunfaba en todas partes y la separación tajante y casi absoluta entre economía, sociología e historia ponía en peligro la esperanza de una síntesis global sobre el pasado de las sociedades.

8. *Adquisiciones recientes en el terreno de los principios y de las técnicas de la investigación histórica*

a) En Francia, a partir de los años 1900-1910, algunas grandes obras de historiadores (Paul Mantoux, Lucien Febvre) y una escuela de geógrafos (Vidal de la Blache) prepararon un retorno a la *síntesis histórica*, que se afianzó después de la guerra de 1914, la revolución de 1917 y la crisis de 1929, acontecimientos que hicieron tambalear la tranquila certeza de los economistas.

b) Lucien Febvre, Henri Berr, Marc Bloch (*Revue de synthèse, Annales d'histoire économique et sociale*) difundieron los siguientes principios: 1) hay *una sola* historia; no existen compartimentos estancos entre una historia económica, una historia política, una historia de las ideas, etc.; 2) el historiador avanza por medio de *problemas*: los documentos sólo contestan cuando se les pregunta siguiendo hipótesis de trabajo; la historia, en todos los terrenos (material, espiritual, ideológico...), lo es de los *hechos de masas*, no de los simples «acontecimientos»; 3) existe una jerarquía y un juego recíproco entre «economías», «sociedades», «civilizaciones», juego que constituye el tema mismo de la ciencia histórica.

c) En el curso de los años 1930-40, cuando la crisis de 1929 había llamado

la atención sobre la función histórica de las *coyunturas económicas*, el sociólogo François Simiand sentó los principios de la *investigación estadística en historia*: definición del «documento objetivo» «involuntario», reglas para la explotación de las fuentes cuantitativas, importancia de las variaciones de los *precios*, los *salarios*, la *moneda*. Ernest Labrousse llevó la aplicación de estas reglas al estudio de las *rentas específicas* de las clases sociales, de sus contradicciones y de las consecuencias políticas de estas contradicciones (revolución de 1789). La noción de «teoría experimental» de la economía (Simiand) a través de la investigación histórica se transformaba en «teoría experimental» de la historia global, lo que tendía a converger con Marx.

d) En los últimos veinte años, debido a las grandes experiencias sociales en curso, al progreso de las matemáticas sociales, del cálculo económico, del aparato y del tratamiento estadístico, al de la informática para la utilización de las fuentes masivas, el historiador se ha visto obligado a mantenerse al corriente de los progresos y de las técnicas en las disciplinas vecinas. Al hacerlo debe conservar la conciencia de la originalidad de la historia, ciencia del *todo* social, y no de tal o tal parte, ciencia del *fondo* de los problemas sociales y no de sus formas, ciencia del tiempo y no del instante o de la sola actualidad.

INTENTO DE DEFINICIÓN DE LA MATERIA Y DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICAS

El objeto de la ciencia histórica es la *dinámica de las sociedades humanas*. La *materia histórica* la constituyen los *tipos de hechos* que es necesario estudiar para dominar científicamente este objeto. Clasifiquémoslos rápidamente:

1) Los *hechos de masas*: masa de los *hombres* (demografía), masa de los *bienes* (economía), masa de los *pensamientos y de las creencias* (fenómenos de «mentalidades», lentos y pesados; fenómenos de «opinión», más fugaces).

2) Los *hechos institucionales*, más superficiales pero más rígidos, que tienden a *fijar* las relaciones humanas dentro de los marcos existentes: derecho civil, constituciones políticas, tratados internacionales, etc.; hechos importantes pero no eternos, sometidos al desgaste y al ataque de las contradicciones sociales internas.

3) Los *acontecimientos*: aparición y desaparición de personajes, de grupos (económicos, políticos), que toman medidas, decisiones, desencadenan acciones, movimientos de opinión, que ocasionan «hechos» precisos: modificaciones de los gobiernos, la diplomacia, cambios pacíficos o violentos, profundos o superficiales.

La historia no puede ser un simple *retable* de las instituciones, ni un simple *relato* de los acontecimientos, pero no puede desinteresarse de estos hechos que vinculan la vida cotidiana de los hombres a la dinámica de las sociedades de las que forman parte.

Ante esta compleja materia histórica, el historiador plantea cuestiones, resuelve *problemas*: cuándo, por qué, cómo, en qué medida... se modifican, *debido*

a una *continua interacción*, los elementos de las *economías* (hombres, bienes), de las *sociedades* (relaciones sociales más o menos cristalizadas en instituciones), y de las *civilizaciones* (conjunto de las actitudes mentales, intelectuales, estéticas...). El historiador habrá de distinguir muy pronto entre los hechos de evolución muy lenta (estructuras geográficas, mentalidades religiosas, grupos lingüísticos), los ritmos espontáneos («ciclos» coyunturales de la economía), y los simples acontecimientos, cuya importancia deberá valorar.

Estas distinciones justifican diversas *técnicas*: análisis «estructural», análisis «coyuntural», «análisis de contenido» de textos y de expresiones verbales o estéticas, elección de las fuentes, crítica de su validez.

Pero estas técnicas sólo adquieren su sentido dentro del marco de una *teoría global* que permita pasar del análisis económico-estadístico a la «historia razonada», conquista que Schumpeter atribuye justamente a Marx.

Recordemos algunas de sus proposiciones cruciales:

1) En los orígenes de cualquier desarrollo histórico duradero se sitúa un *desarrollo de las fuerzas de producción*, lo que nos incita a observar:

a) en un grupo dado y por un tiempo dado, el número de hombres y su división en sexos, edades, ocupaciones, etc.;

b) para el mismo grupo y durante el mismo período de tiempo, *las modificaciones ocurridas en las técnicas de producción* (agricultura, industria, transportes) y, de manera especial, las de *la fuerza productiva del trabajo*, que según Marx *depende de la habilidad media de los trabajadores, del desarrollo de la ciencia y de sus aplicaciones tecnológicas, de las combinaciones sociales de la producción, de la extensión y de la eficacia de los medios de producción y finalmente de las condiciones naturales*.

Toda investigación sobre una sociedad debería incluir, para cada instante del desarrollo estudiado, los capítulos agrupados bajo estos diversos títulos.

2) Sin embargo, estas «fuerzas productivas» entran en funcionamiento en una sociedad que se caracteriza, de forma más profunda, *por las relaciones sociales y humanas creadas alrededor de estos medios de producir* («relaciones sociales de producción»).

Las tierras, los instrumentos de irrigación, los bosques y los terrenos de paso, las fuentes de energía, los medios de transporte, las fábricas, las máquinas, etc., son los «*medios de producción*» que utiliza la fuerza de trabajo de los hombres.

¿Quién posee estos medios de producción? ¿Y cuál es el sentido exacto de la palabra «posee»? ¿Quién *maneja* productivamente estos medios? ¿Quién, a través de esta doble relación, es el dominador? ¿Y el dominado? ¿Quién se aprovecha? ¿Quién consume? ¿Quién acumula? ¿Quién se empobrece? ¿Qué relaciones —jurídicas, cotidianas, morales— se han establecido entre las clases sociales así consideradas? ¿Qué *conciencia* tienen de estas relaciones los hombres que constituyen estas clases? ¿A qué *contradicciones*, a qué *luchas* dan lugar estas relaciones? ¿Con qué resultados? ¿Estas relaciones favorecen o entorpecen (en cada momento) el desarrollo de las «fuerzas productivas» definidas anteriormente?

He aquí una serie de preguntas a las que es importante contestar.

3) Para hacerlo correctamente es necesario guiarse por el *conocimiento teórico del modo de producción dominante* en la época observada, y entendemos por ello el *conocimiento de la lógica del funcionamiento social*, que expresa la *totalidad de las relaciones sociales observadas en su interdependencia*.

Merece la pena disponer de un *modelo teórico* que exprese esta lógica de funcionamiento, aunque sólo sea para ver hasta qué punto refleja el mayor número de hechos observados.

Es inútil decir que nunca la observación empírica de una sociedad en un momento de su existencia dará unos resultados absolutamente acordes con este modelo, puesto que, en toda «formación social» concreta, quedan siempre secuelas de modos de producción anteriores al modo de producción dominante, y se insinúan ya los gérmenes de un modo de producción futuro.

Pero el interés de la investigación histórica reside precisamente en la confrontación entre estos «casos» y los diversos tipos de sociedad que han dominado sucesivamente en el curso de la historia, y que aún hoy coexisten de forma evidente.

No podemos menospreciar algunos peligros inherentes a la utilización de los modelos teóricos:

1) No hay que confundir *modelo económico* con *modelo social*. La sociedad es más compleja que la economía, y es en lo social donde germina la destrucción del modelo económico aparentemente armonioso.

2) Todo modelo implica unas hipótesis: debe tenerse en cuenta que estas hipótesis expresan justamente la naturaleza del sistema observado y no una verdad eterna: la *propiedad* privada, la libre competencia, la libertad de empresa, por ejemplo, se dan *por supuestas* en el modelo económico del capitalismo clásico; pero el modelo no las «justifica».

3) Todo modelo expresa en primer término el análisis de un «equilibrio», de una *estabilidad*, mientras que *la finalidad de la historia es el estudio de los cambios*.

4) Incluso estos *modelos de cambio* pueden aplicarse sólo con prudencia; por el hecho de que el capitalismo haya sucedido al feudalismo en Europa occidental a través de procesos clásicos conocidos no debe inferirse que todo el mundo deba pasar necesariamente por etapas parecidas.

Sobre todos estos extremos existe hoy en día un gran desarrollo de las *técnicas de información* y del *tratamiento científico de los datos*.

Merece, pues, la pena insistir, en el momento en que se afirman, en los estudios universitarios, las posibles colaboraciones *interdisciplinarias*, en que la *preparación para el oficio de historiador*, sin desechar las viejas reglas de *conocimiento y crítica de los textos*, de consulta de las fuentes directas y, por lo tanto, de los *archivos*, comporta igualmente unas iniciaciones sólidas: 1) en la *demografía*; 2) en la *estadística*; 3) en el *cálculo económico*; 4) en los *fundamentos matemáticos del análisis sociológico* (probabilidades, sondeos, etcétera); 5) en la *información* (para la utilización de las fuentes masivas: documentos fiscales,

notariales, prensa, etc.).

Una vez dicho esto no hay que confundir estas *técnicas de información* con los *finés propios de la historia*.

A éstos los definiría de buen grado de la forma siguiente, que como es obvio queda abierta a la discusión:

La investigación histórica es el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras —es decir, las modificaciones espontáneas de los hechos sociales de masas— a la sucesión de los acontecimientos —en los que intervienen los individuos y el azar, pero con una eficacia que depende siempre, a más o menos largo plazo, de la adecuación entre estos impactos discontinuos y las tendencias de los hechos de masas—.

La conquista científica del método así definido está todavía en vías de elaboración. Pero esta misma elaboración abre la posibilidad —y es su única garantía— de una actitud racional del espíritu y, por tanto, de una práctica eficaz del hombre ante la sociedad.

ESTRUCTURA

Como conclusión a nuestras reflexiones sobre la palabra «historia» propuse definir la investigación histórica como investigación de los mecanismos que vinculan la sucesión de los acontecimientos a la dinámica de las estructuras —estructuras de los hechos sociales, por supuesto—.

Pero ¿qué debe entenderse por «estructura»? En general, y en este terreno en particular, ¿cuál puede ser la aplicación de esta palabra al tratarse de la *materia histórica*?

No diré que la noción de *estructura* esté «de moda». Tendría un aire peyorativo y no sería ninguna justificación. Lo que ha estado «de moda» (y lo está ya un poco menos) es una manera determinada de descubrir el «estructuralismo» como un método nuevo en el análisis científico, cuando en realidad no ha existido nunca un análisis científico, sea de lo que sea, que no haya supuesto, implícita o explícitamente, que la materia analizada tenía una «estructura».

De hecho, se trata del reconocimiento de una evidencia: el espíritu humano no puede *actuar* sobre las cosas (y ha demostrado que era capaz de hacerlo) más que en la medida en que es capaz de reconstruir y de expresar en un *lenguaje lógico* «cómo están hechas las cosas». Si las cosas fueran «de cualquier manera», si cambiaran de forma incoherente entre una observación y la siguiente, la ciencia no hubiera existido y el hombre no habría llegado a la luna.

Lo que parecía nuevo en la aplicación sistemática de la noción de estructura, era su aplicación a las ciencias «humanas». Y por ello un etnólogo como Lévi-Strauss ha preferido buscar el terreno de la «antropología» en lo que él llama la historia «estacionaria» (o «fría») de las sociedades arcaicas, antes que hacerlo en el de la historia «acumulativa» o «cálida» («que acumula los hallazgos y las invenciones para construir las grandes civilizaciones»). El peligro de este tipo de

elecciones está en que buscan la «antropología» —es decir, la ciencia del hombre— *en los fenómenos menos históricos*, cuando es lícito preguntarse si la gran característica del hombre no consiste precisamente en haber creado la historia «cálida», «acumulativa». Si el interés se orienta sistemáticamente más a los fenómenos *estables* que a los *cambiantes*, más a la «sincronía» que a la «diacronía», más a las «estructuras» que a los «cambios de estructura» es evidente que se da la espalda al espíritu propio del historiador. Es obvio que, concebido así, el «estructuralismo» inspiraría una desconfianza justificada en el historiador. Pero en ningún momento debe esto producirle una desconfianza ante la necesaria noción de «estructura».

ORÍGENES, SUGERENCIAS Y UTILIZACIONES DE LA PALABRA «ESTRUCTURA»

Partamos como siempre de la etimología. La palabra, de origen latino, viene del verbo «struere», que significa *construir*. La imagen sugerida es, pues, la de un edificio, con su plano, su elevación, sus proporciones calculadas, sus funciones.

Démonos cuenta de que estas sugerencias de la palabra esconden *dos peligros*; el primero es un relente de metafísica antropomórfica; el objeto en estudio parece haber sido «construido» a la manera de una casa por un arquitecto; el segundo es la sugestión de un objeto estable, «acabado», inmóvil, cuando la propia naturaleza es cambio y la historia no es más que eso. Por otra parte, no debe imaginarse necesariamente que una estructura, por el hecho de que la palabra evoque un edificio, sea «armoniosa»; la transformación en «armonía» de la lógica interna de una estructura social (feudal, capitalista, etc.) forma siempre parte de la ideología de la clase dominante en esa estructura.

Sin embargo, se puede entender de otra manera la sugestión implicada en el origen de la palabra. La cosa observada es tal como es. Nosotros la observamos, y somos nosotros quienes, a partir de esta observación, *construimos* un «modelo» reflejando el mayor número posible de características del objeto o, en todo caso, de sus rasgos fundamentales. La prueba del éxito de esta operación la constituye la capacidad de acción sobre el objeto que nos da la construcción del modelo.

Pero también aquí cabe aconsejar algunas precauciones: hay que desconfiar del *idealismo* que sólo ve «estructura» en esta «construcción» lógica de nuestro espíritu, cuando nuestra mente se ha limitado a traducir, al límite de sus posibilidades, una realidad existente; y también hay que desconfiar del *empirismo*, que buscaría las raíces de su razonamiento exclusivamente en el objeto concreto que se encuentra en observación, lo que nos conduciría a una yuxtaposición de descripciones y no a un «modelo». La ciencia es la adecuación —en continuo progreso— de la *imagen construida* que nos hacemos de la realidad misma. Claro está que la realidad no es *cada objeto concreto*. Es el conjunto de las características fundamentales de un determinado tipo de objeto, y el conocimiento «estructural» del conjunto nos permitirá manejar mejor cualquier objeto de este tipo, por comparación con el «modelo» ideal.

Por lo que hace referencia a las *ciencias sociales*, no es inútil constatar cómo aparece la palabra «estructura» en las frases más famosas, más conocidas, a menudo las únicas conocidas, de Marx en la introducción a la *Crítica de la economía política* (1859):

En la producción social de su existencia, los hombres establecen relaciones determinadas, necesarias e independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden

a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones constituye la estructura económica de la sociedad... etcétera.

«*Ökonomische Struktur*»: a este término le espera, incluso dentro de la economía no marxista, un futuro bastante prometedor.

Sin embargo, algunas líneas antes, Marx había empleado otra expresión: constatando que durante todo el siglo XVIII los ingleses, los franceses y Hegel tras de ellos, habían englobado el conjunto de las condiciones materiales de la vida social bajo la denominación de «sociedad civil», Marx afirmaba: «la anatomía de la sociedad civil debe buscarse en la economía política»; y la misma expresión la había empleado ya en 1852, pues durante todo el siglo XVIII y a principios del XIX, los naturalistas, los médicos habían sido los primeros en comparar la anatomía humana, animal, las secciones vegetales a unas «construcciones» de las que debían *describirse* en primer lugar los caracteres, las dimensiones, las proporciones, las relaciones, antes de abordar el estudio de su funcionamiento.

Por ello, lo que busca Marx en esta asimilación es afirmar el carácter «*natural*», «necesario», asimilable a una sección de tejido orgánico, de una «sociedad civil».

Pero inmediatamente después utiliza igualmente la imagen arquitectónica: «la estructura económica de la sociedad, los *fundamentos reales* sobre los que se levanta un *edificio* jurídico y político, a los que corresponden formas determinadas de la conciencia social».

Es bien evidente que se trata aquí de simples *imágenes*, de usos de la palabra «estructura» en modo alguno «científicos», sino tomados del lenguaje cotidiano. Será en *El Capital* cuando Marx, a través de la construcción de un mecanismo abstracto de funcionamiento, demostrará, no con el vocabulario sino con el conjunto de la obra, lo que había entendido por «estructura económica» de la sociedad.

EL USO CIENTÍFICO DE LA PALABRA «ESTRUCTURA»

En *matemáticas*, se sabe que la palabra «estructura» ha cambiado varias veces de sentido y que ha conservado durante mucho tiempo el simple significado figurativo del lenguaje corriente, antes de emplearse con sentidos específicos, técnicos (Guilbaud). Lo que tienen en común todos estos significados es la idea de que en matemáticas «todos los conjuntos son solidarios y coherentes» (y por esta razón en las otras ciencias, buscar las «estructuras» equivale a dar una expresión matemática a un conjunto). Las imágenes son las mismas que las del lenguaje común: «andamiaje», «principio», «esquema», «patrón» —pero tales palabras introducen un matiz importante: se trata menos de un «edificio» terminado que del principio «oculto», «interior», de la construcción—. Sobre todo en matemáticas, «la mejor forma de comprender una construcción es hacerla», lo que nos lleva a la noción de *Objeto*-matemático construido a partir de un «patrón», y por lo mismo introduce inmediatamente la noción de «proyecto», de «génesis» del objeto. Vienen a continuación definiciones más técnicas: «conjunto de los parámetros que constituyen un grupo», «elementos

constitutivos más modo de construcción», «sistema algebraico de los más simples, de los más fundamentales», «madre» de todos los demás, etc. Y en el caso de las «estructuras algebraicas» se llega a imágenes múltiples: «grupos», «anillos», «cuerpos», diferenciados por sus «leyes de composición».

En las *ciencias de la naturaleza* la noción de estructura se utiliza más que nunca: estructura de la materia, estructura del átomo, estructura de la célula, etc. Todo ello nos parece familiar a pesar de que a menudo recubre unas representaciones que el profano capta mal y que podría manejar equivocadamente. Sin embargo, los «modelos» de las estructuras químicas se exponen actualmente, bajo la forma de bolas y bastones, en todas las vitrinas de instrumental científico. Es evidente que se trata de *representaciones* que permiten definir una realidad a través de las *posiciones*, las *proporciones*, las *relaciones*.

En las *ciencias humanas*, ha sido la *lingüística* la que ha proporcionado el modelo de las investigaciones estructurales, ya sea descomponiendo la lengua en elementos cada vez más simples y estableciendo las leyes que rigen las combinaciones entre esos elementos, ya sea formalizando los «sistemas» de una lengua en caracteres distintivos que se condicionan mutuamente.

Ya he indicado de qué manera las restantes ciencias humanas habían seguido el ejemplo de la lingüística, basándose en el hecho de que las formas inconscientes de la psicología (*Gestaltpsychologie*, interpretaciones recientes del freudismo) y también algunos grupos de relaciones en la etnología (estructuras de parentesco, estructura de los mitos), que obedecen a una *lógica de los signos*, de la «*comunicación*», podían asimilarse a «lenguajes».

Pero resultaría abusivo asimilar del mismo modo a «lenguajes» las relaciones humanas que constituyen el objeto de las ciencias llamadas, con razón, «*sociales*», puesto que éstas no estudian el hombre en sí mismo sino el hombre en sociedad, y sociedades que, a su vez, no son independientes de la naturaleza; la economía, en particular, trata de la producción, que es una extracción de la naturaleza, y trata del cambio y de la distribución de los *bienes* una vez producidos.

Y los bienes no son *signos* (con la posible salvedad de la moneda, pero una teoría económica que se basara exclusivamente en el valor de *signo* de la moneda se convertiría rápidamente en irreal).

En cuanto a la *historia*, que debe integrar tanto el análisis de los elementos *materiales* de los que depende la producción (recursos, técnicas), como el de los elementos aptos para las *representaciones* del pensamiento, no puede contentarse con esquemas basados en esas representaciones.

El mismo Claude Lévi-Strauss lo ha admitido, a la vez que precisaba las relaciones del análisis estructural en etnología y de la concepción de Marx acerca de la división de las estructuras sociales en «*infraestructuras*» materiales y «*sobreestructuras*» psicológicas.

Claude Lévi-Strauss escribe (*La pensée sauvage*, p. 173):

... no queremos decir que la vida social, las relaciones entre el hombre y la naturaleza sean una proyección, ni tan sólo un resultado, de un juego

conceptual que se desarrollaría en el espíritu...

... si afirmamos que el esquema conceptual dirige y define las *prácticas*,¹ es porque éstas, estudiadas por el etnólogo bajo la forma de realidades discretas, localizadas en el tiempo y en el espacio, y características de géneros de vida y de formas de civilización, no se confunden con la «praxis» ... que constituye para las ciencias del hombre la totalidad fundamental.

El marxismo —si no el propio Marx— ha razonado demasiado a menudo como si las prácticas fueran consecuencia inmediata de la praxis. Sin poner en duda la indiscutible primacía de las infraestructuras, creemos que entre praxis y prácticas se intercala siempre un mediador, que es el esquema conceptual, por obra del cual una materia y una forma, ambas desprovistas de existencia independiente, se realizan como *estructuras, a saber, como seres a la vez empíricos e inteligibles*.²

Es a esta teoría de las sobreestructuras, apenas esbozada por Marx, a la que nosotros deseamos contribuir, *reservando para la historia —ayudada por la demografía, la tecnología, la geografía histórica y la etnografía— la tarea de desarrollar el estudio de las infraestructuras propiamente dichas*,³ que no puede ser principalmente la nuestra, puesto que la etnología es ante todo una psicología.

Estas frases son importantes para descartar varios posibles malentendidos entre el estructuralismo formalista y la historia: 1) al precisar que este estructuralismo se aplica a los esquemas psicológicos y a las «prácticas» propias de algunas formas localizadas de géneros de vida, y no a la «praxis» humana en general, palabra cuya utilización puede discutirse pero que a grandes rasgos significa la lucha constante del hombre para equiparse contra la necesidad; 2) al dar una buena definición de la «estructura»: *ente a la vez empírico e inteligible*; 3) al adoptar la división marxista entre «infraestructura» material de las sociedades y «sobreestructuras» que implican la intervención de elementos psicológicos.

Sin embargo, estas frases no resuelven todos los problemas:

1) ¿Dónde terminan exactamente las «prácticas» sometidas por el etnólogo al análisis estructural formal? Algunos párrafos parecen sugerir que *toda* «práctica», incluso en las sobreestructuras de las sociedades más complejas, depende de los mismos métodos. De esta manera vemos a historiadores que buscan en las estructuras psicoanalíticas el secreto del comportamiento de las masas revolucionarias de 1789 o de 1917. ¿Acaso no se corre así el riesgo de confundir la *forma* de algunos comportamientos con el *fondo* de los problemas *sociales* que se plantea la historia?

2) Casi se llega a sugerir el reservar a la historia el terreno de las *infraestructuras* materiales; pero ni la demografía ni la tecnología, que con razón se señalan como ciencias auxiliares de la historia, son independientes

1 subrayado del autor a la cita

2 subrayado del autor a la cita

3 subrayado del autor a la cita

de las estructuras psicológicas y sociológicas: natalidad, mortalidad, ritmos de trabajo, asimilación o rechazo de los inventos, no pueden estudiarse al margen de algunos datos «sobrestructurales»; la distinción entre «prácticas» y «praxis» es muy superficial.

3) Y es que en realidad el problema que se plantea a la historia no es el de las infraestructuras por un lado y el de las sobreestructuras por el otro, sino el de *las relaciones estructurales entre los dos niveles diferenciados*, teniendo en cuenta que cualquier esfuerzo (y hoy en día abundan) que tienda a justificar la *separación*, en el análisis histórico, entre los diversos «niveles» de la estructura global, bajo el pretexto de la evidente *autonomía relativa* de estos niveles, constituye en realidad un retorno cómodo a los viejos hábitos que diferenciaban «la historia económica», «la historia de las ideas», «la historia política», «la historia del arte», etc.

Finalmente, resulta bastante curioso constatar que Lévi-Strauss no cita, entre las disciplinas que pueden ayudar al historiador a entender las «infraestructuras», la ciencia que Marx, al contrario, consideró como la primera en la que había podido penetrar el método científico: la «economía política» — llamada hoy «ciencia económica» precisamente en la medida en que ha podido traducir en términos matemáticos la mayor parte de sus análisis— .

Ahora bien, la ciencia económica, cuando menos desde Quesnay, obviamente a partir de Marx, y de nuevo desde los años 1930-1940, admite la noción de «estructura» como uno de sus fundamentos.

LA NOCIÓN DE ESTRUCTURA EN LA CIENCIA ECONÓMICA

Sobre este tema podemos utilizar un libro serio y claro: *Système et structures économiques*, de André Marchai (Paris, 1959). Este libro se plantea con razón las causas de la reaparición de la noción de «estructura» en el pensamiento económico contemporáneo. Para él las nociones de «sistemas » y de «estructuras» son «los instrumentos de análisis y de interpretación que desbrozan el material *histórico* para hacerlo utilizable» (François Perroux), o también «un vínculo sólido entre la visión empírica de los acontecimientos *históricos* y el análisis teórico general necesario para la comprensión de las relaciones» (Walter Eucken).

Démonos cuenta que con ello nos encontramos de nuevo ante la relación entre *historia* y *teoría* económicas, cuya invención Schumpeter atribuía a Marx. El retorno (consciente o no, explícito o no) a Marx se hace a través de la noción de estructura.

Por esta misma razón André Marchai piensa que la renovación de la investigación económica mediante la preocupación de las «estructuras» se debe a la *historia* del siglo XX en su conjunto: transición del capitalismo de concurrencia individual al capitalismo de grandes unidades, conflictos mundiales, crisis de 1929, aparición y vitalidad de las economías socialistas,

problemas del «tercer mundo» y de la descolonización, La magnitud de estos fenómenos ha hecho imposible seguir limitando la investigación económica a algunas fórmulas «puras»; y ha mostrado la importancia del entorno no económico (social, institucional, psicológico) para la comprensión misma de la economía. Se han buscado «representaciones estructurales» de la economía global: «modelos» econométricos (Tinbergen), «matrices» definitorias de los circuitos económicos (Leontief), «contabilidades nacionales» presentadas mediante «agregados» (producción, consumo, ahorro, inversiones, etc.), Pero se ha observado también que los «movimientos» de la economía («ciclos») dependían de su estructura (Wagemann, Akerman), que el *crecimiento* de la economía no podía separarse de los *cambios de estructura* (Colin Clark, Rostow). Además de los marxistas (Sweezy, Dobb, Oskar Lange, Charles Bettelheim), también algunos discípulos de Keynes (como Joan Robinson) han destacado los vínculos de este tipo de investigación con las indicaciones fundamentales de Marx.

Algunos intentos de definición de las *estructuras económicas* propuestos de esta manera nos orientarán ya hacia lo que se puede llamar «estructura» en historia.

Jan Tinbergen sugiere cuatro aproximaciones posibles a la noción:

1) La estructura sería *un conjunto de características inmediatamente observables*, como las relaciones numéricas entre producción agrícola y producción industrial, etc. y más especialmente los *valores medios establecidos sobre un período de alguna longitud*, y considerados *representativos* de una tendencia profunda de la economía...

2) El adjetivo *estructural*, aplicado a un *movimiento*, se reservaría a los movimientos *lentos* de la economía.

3) La estructura se expresaría mediante un conjunto de *coeficientes característicos* que dieran una imagen econométrica del medio estudiado y determinaran las vías de sus reacciones a determinadas variaciones (ejemplos: coeficiente «técnico», «psicológico», «institucional», etc.).

4) Finalmente, es posible asimilar la estructura al *conjunto de datos necesarios* para determinar estos coeficientes característicos.

Resumiendo: puede considerarse que una estructura económica es un *conjunto de relaciones características* mantenidas durante un *período suficientemente largo* para que su *conocimiento* permita prever las reacciones y los movimientos de una economía.

Algunos autores llevarían esta observación hasta asimilar estructura simplemente *con lo que viene «dado»* al iniciarse un cálculo, tanto por observación como por hipótesis, es decir, *con lo que no cambia* durante el período observado. Pero tal actitud conduce al absurdo de hacer cálculos económicos dando por sentado que no se modifican ni la técnica, ni la demografía, ni las instituciones, etc., lo que sólo puede ser exacto para períodos muy cortos. Otro peligro (que se corre a menudo) de esta definición consiste en incluir las conclusiones de un

cálculo en sus hipótesis: si se construye un «modelo» de desarrollo *suponiendo* la estructura capitalista, es evidente que el desarrollo propuesto sólo podrá realizarse en el contexto de esa estructura. La aplicación del «modelo» a un «caso» puede entonces chocar con una estructura aún precapitalista, o carecer de valor en una estructura socialista.

Finalmente, los economistas ofrecen dos tipos de definiciones de la estructura.

En primer lugar, una definición *estática*, por ejemplo, la de François Perroux, «*proporciones y relaciones que caracterizan un conjunto económico*», lo que invita a observar un corte-, ¿cómo se presentan, en un momento dado (en la «sincronía»), las proporciones y las relaciones de los diversos factores económicos?

En segundo lugar, una definición *dinámica*, como la de J. Akerman, «*elementos de un conjunto económico que, durante un período determinado, aparecen como relativamente estables en relación con los demás*», lo que invita a comparar las curvas, cuyo grado de regularidad o de estabilidad caracteriza una estructura.

Pero, tras estas definiciones, cabe preguntarse:

1) Si la estructura es válida tan sólo para un período, ¿por qué y cómo se sale de ella?

2) Si la economía está sometida a las presiones de los elementos no económicos, ¿cómo intervienen éstos?

Sobre el primer punto, fundamental para el historiador, los economistas sólo proporcionan indicaciones difusas y eclécticas.

Sobre el segundo, proponen a la vez varios sectores y varios niveles, y tratan de superar el aislamiento de la estructura económica estudiando los «sistemas» (donde lo económico y lo social se combinan con lo político, lo jurídico, lo mental, etc.).

Así, pues, el estudio no debería olvidar:

- las estructuras físicas y geográficas
- las estructuras técnicas
- las estructuras demográficas (por densidades, por edades, por ocupaciones)
- las estructuras institucionales (propiedad, estado, sindicatos...)
- las estructuras sociales (castas, órdenes, clases, movilidad...)
- las estructuras mentales (jerarquía de las necesidades, actitudes ante el trabajo, la familia, etc.).

Pero debe encuadrar estas estructuras parciales dentro de complejos a los que se da el nombre de *sistemas* —combinaciones de estructuras—, cuando se trata de estudiarlas teóricamente, y más a menudo el nombre de *regímenes* cuando se trata de análisis concretos.

Para terminar, no olvidemos que el mundo, si bien está «estructurado» en

grupos demográficos, sociales, económicos, etcétera, lo está también en grupos *étnicos* y *políticos*: de lo que se deduce otra vertiente de las investigaciones: estructuras regionales en el interior de una «nación», estructuras nacionales en el interior de un continente, etc.

Si el economista quiere suscitar a la vez todas estas cuestiones, y dado que sólo puede esclarecerlas para un período bastante largo, *su trabajo se confundiría en realidad con el del historiador*.

ESTRUCTURA E HISTORIA

La historia se ocupa de las *sociedades*. Para que estas sociedades sean estudiables, es necesario poder expresar las relaciones internas a través de un esquema de estructura,

Pero la historia se ocupa de sociedades *en movimiento*. Dicho de otro modo, debe construir esquemas *estructurales de funcionamiento* (y no solamente de relaciones estáticas), y debe dar cuenta no sólo de las principales estructuras teóricas existentes en el mundo en tal o cual momento, sino también de las *contradicciones*, de las *tensiones*, que llevan a los *cambios de estructuras*, a lo que podríamos llamar *desestructuraciones* y *reestructuraciones*.

A) Estructura y larga duración

Al igual que los economistas, los historiadores se han dado pronto cuenta de las diferencias de ritmo en las modificaciones de los hechos observados. Volveremos a hablar de esto a propósito de las «coyunturas». Pero, al igual que los economistas, han tendido a definir las estructuras como los *marcos de larga duración* en los que se inscribe la historia. Así lo expresa Fernand Braudel en un artículo célebre:

Por *estructura*, los observadores del hecho social entienden una organización, una coherencia, unas relaciones bastante fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, historiadores, una estructura es sin duda conjunto, arquitectura, pero más aún *una realidad que el tiempo desgasta y arrastra durante un largo período*. Algunas estructuras, que perviven durante mucho tiempo, se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones; recargan la historia, estorban, dirigen su evolución. Otras se desmoronan antes. Pero todas son a la vez apoyos y obstáculos. Obstáculos, se caracterizan como los límites («envolturas» en el sentido matemático) de los que el hombre y sus experiencias no pueden independizarse. Pensad en la dificultad de romper algunos marcos geográficos, algunas realidades biológicas, algunos límites de la productividad, o también estos o aquellos mandamientos espirituales: los marcos mentales son también *prisiones de larga duración*.

He subrayado los términos importantes para la definición de esta visión particular de las «estructuras». Es cierto que en el curso del mismo artículo Braudel examina los otros ritmos del tiempo histórico, manifestando mucha repugnancia por el «tiempo corto» (la «historia factual»), pero admitiendo las grandes aportaciones de la historia basada en la «coyuntura» (ciclos), y tomando varios ejemplos de «modelos» (capitalismo comercial, etapas de las unidades mediterráneas, sistemas monetarios de los tiempos modernos), sin olvidar los de Marx («el primero en fabricar auténticos modelos sociales»).

Pero *en cuanto a la noción de estructura*, la única que, al parecer, le permite abrigar la esperanza de rivalizar con las ciencias humanas formalizables, Fernand Braudel concluye netamente que para él se circunscribe a la «reducción en el espacio» y a la «larga duración».

Los peligros de una tal concepción de la estructura nos parecen ser los siguientes:

1) «*Reducir al espacio*» los problemas históricos, insistir en una «*geo-historia*», llama útilmente la atención sobre el peso de determinados climas, sobre la larga estabilidad de determinadas formas de vida —transhumancia—; pero también: *en un caso*, si todo queda en vaguedades, se exagera la impresión de que el hombre es «prisionero» de ello (cuando se evade a través de la técnica); *en otro caso*, si se intentan precisar, matematizar las leyes de la «ecología» (instalación de los hombres en relación con los factores geográficos), se puede caer en un determinismo geográfico que los restantes factores de la historia vuelven a poner, en realidad, constantemente

en cuestión.

2) Definir las «estructuras» que rigen la observación del historiador por los «obstáculos», las «cárceles» «de las que el hombre y sus experiencias no pueden independizarse» es preferir (volviendo al lenguaje de Lévi-Strauss) la historia «fría» a la historia «caliente», las «prácticas» (que sólo tienen un sentido psicológico) a la «praxis» que destruye los obstáculos y abre las cárceles; finalmente, es correr el peligro de llamar la atención sobre la *resistencia de las supervivencias* (que existe, pero termina por ser vencida) en detrimento de las fuerzas, materiales y espirituales, de la *innovación*.

3) Si bien la lógica de algunas «prácticas», en el campo de la etnología, puede formalizarse, matematizarse, ¿es posible acaso intentar tratar de la misma manera las estructuras de *pensamientos* formados históricamente (Braudel cita el sistema cultural del bajo imperio romano, el «instrumental mental» del siglo XV, el «espacio pictórico» de los clásicos, etc.)? De hecho, por haber querido encerrar de esta forma los diversos momentos del «saber» en «cárceles de larga duración», en «estratos arqueológicos», Michel Foucault ha dado una interpretación personal y puramente literaria de la formación de los diversos «saberes», pasando, sin verlas, al lado de verdaderas *innovaciones*, independientes a menudo de las viejas estructuras, pero que anunciaban otras nuevas, Y es la *innovación* lo que el historiador debería empeñarse en resaltar.

B) Estructura y modo de producción

El historiador debe desconfiar de dos tipos de «modelos»:

1) Los modelos que se presentan como *universales* y *eternos*; como ejemplo podemos tomar la proposición de Malthus: los recursos crecen en progresión aritmética, el número de hombres en progresión geométrica. La proposición sugiere observaciones interesantes sobre la relación hombres-recursos y sobre los «techos» impuestos al desarrollo demográfico en el curso de la historia, pero es evidente que no es aplicable ni siempre ni en todas partes, dado que el hombre puede ocupar espacios nuevos e inventar técnicas.

2) Por el contrario, los modelos muy complicados tomados de la observación *empírica* de un *caso* corren el riesgo de no ser válidos más que para este caso.

Hay que encontrar, pues, en el espacio y en el tiempo, el marco legítimo de modelo estructural utilizable en historia.

Hasta el momento, el mejor marco parece ser el propuesto por Marx: la noción de «*modo de producción*». Aquí nos limitaremos a desarrollar las relaciones de esta noción con la de «estructura».

Un modo de producción es una estructura que expresa un tipo de realidad social total, puesto que engloba, en las *relaciones a la vez cuantitativas y cualitativas, que se rigen todas en una interacción continua*; 1) las reglas que presiden la obtención por el hombre de productos de la naturaleza y la distribución social de esos productos; 2) las reglas que presiden las relaciones de los hombres entre ellos, por medio de agrupaciones espontáneas o institucionalizadas; 3) las justificaciones intelectuales o míticas que dan de estas relaciones, con diversos grados de conciencia y de sistematización, los grupos que las organizan y se aprovechan de ellas, y que se imponen a los grupos subordinados.

La *coherencia* de este conjunto justifica su calidad de *estructura*: es posible dar un *modelo teórico*, econométrico, de los elementos materiales del modo de producción: producción, intercambios, acumulación, distribución...; pero no es imposible concebir el *modelo jurídico-político* que permite a la estructura económica funcionar según su propio modelo y señalar de qué manera el conjunto sólo puede realizarse dentro de un marco de *ideología, de creencias y de prácticas cotidianas* que no esté en contradicción con la economía y la organización social dominantes.

El modo de producción es, pues, casi por definición, una estructura, y si en esta estructura hay diferentes «*niveles*» (económico, sociopolítico, espiritual), estos niveles son *interdependientes*, incluso cuando manifiestan, en tal o cual fase de su desarrollo, una cierta tendencia a la autonomía.

La necesidad de elaborar este esquema estructural es la de todas las ciencias: se trata de poner de manifiesto la *lógica interna* de un sistema que queda difuminada por la observación empírica, sea cual sea, por otra parte, la imagen empleada para expresar esta lógica oculta («andamiaje», «patrón», «anatomía», red de comunicación, etc.).

El esquema estructural del modo de producción capitalista lo ha elaborado Marx. La ciencia económica, en el actual mundo capitalista, perfecciona incesantemente los análisis *parciales* de la estructura económica de este modo de producción, pero afirmando siempre el principio de su permanencia, y olvidando a menudo los aspectos no económicos del sistema, con lo que las conclusiones económicas resultan frágiles.

Recientemente se han llevado a cabo esfuerzos (Pórshnev, Kula) para elaborar de forma más sistemática que antes el esquema estructural del modo de producción feudal; para los modos de producción menos próximos a nosotros, sólo existen, en el estado actual de la investigación, análisis insuficientes. El modo de producción socialista se ha instaurado de forma más consciente que los otros, y por lo tanto sobre bases teóricas en principio claras; pero la experiencia muestra que una *estructura* global (juego de la economía—instituciones—ideología) no se instala sino a través de largos tanteos y de luchas difíciles.

Y la historia la componen tanto la observación de las estructuras establecidas como la observación de las luchas y de los tanteos.

Es necesario, pues, una vez adquirida y utilizada la noción estructural del «modo de producción», subrayar los caracteres que distinguen esta noción de toda concepción dogmática de la «estructura».

En primer lugar, *no* se trata de un esquema *universal* (hasta el momento son siempre varios los modos de producción que coexisten y, al buscar esquemas que sirvieran para todos, se podría desembocar en perogrulladas).

En segundo lugar, *no* se trata de realidades *eternas* (como gustosamente lo han hecho creer las clases dirigentes de cada modo de producción), ni tan sólo de realidades de duración muy, muy larga (del tipo de aquellas a las que Fernand Braudel reserva el nombre de estructura).

En tercer lugar, *no* se trata de fórmulas que engloben *toda la realidad* social concreta, sino solamente de la realidad dominante, la que determina, en una sociedad, los procesos decisivos.

En cambio, los cinco o seis ejemplos de modos de producción coherentes que nos proporciona la historia son claramente «estructuras» que han estado o están todavía *bastante extendidas*, que han *durado* (o todavía duran).

Finalmente, como hemos subrayado ya, el estudio histórico es estudio de *movimiento*, de *cambio*. Por este motivo (y Marx lo ha demostrado brillantísimamente), 1) *la estructura de un modo de producción es una estructura de funcionamiento* (y no una simple cuestión de «relaciones» y de «proporciones» estáticas), y 2) *la estructura de funcionamiento de un modo de producción comporta y genera* contradicciones, y seguirá haciéndolo mientras no se trate de un modo de producción *totalmente* consciente y científico.

En el terreno económico, estas contradicciones generan crisis, y en el terreno social, luchas de clases.

Ahora bien, las *desestructuraciones* y las *reestructuraciones* en que consiste la historia se desencadenan a través del juego de las crisis y de las luchas de clases

combinadas.

Concluyendo: el conocimiento de una *estructura* (bajo la forma de un esquema fundamental) es *necesario*; pero no es *suficiente* para el historiador.

C) *Del modelo a la realidad concreta: uso de la noción de estructura en la investigación*

El historiador no debe repetir eternamente consideraciones sobre los esquemas de estructura de las situaciones concretas que estudia. Debe comprobar estos esquemas, contrastarlos con la realidad concreta.

Es en este ejercicio donde encontrará la ocasión para combinar el esquema *histórico* por antonomasia, que es el de los modos de producción, con las otras concepciones de estructura que hemos encontrado, y que a veces son *más amplias* que la del «modo de producción», y a veces, al contrario, son *más parciales*.

1.º *Estructuras de larga duración y modo de producción*. —Cuando ya no se trata de un análisis teórico y general, sino de un análisis *concreto y localizado*, es evidente que hay que tener en cuenta los elementos característicos de la estructura *de un país*, que *superan en duración* la fase del modo de producción: por ejemplo las «*permanencias*» puestas en primer plano por Braudel, ya sean puramente físicas (clima, relieve), ya sean combinaciones geoeconómicas cristalizadas en tradiciones, en hábitos humanos (transhumancias, tipos de ciudades, etc.). En este sentido, las relaciones feudales, por ejemplo, han podido depender en gran medida de la disposición de los terrenos (valles, parajes defensivos...) y el capitalismo industrial de la situación de los recursos (transportes fluviales, minas de carbón...).

La *distribución espacial* de los hombres, de las comunicaciones, de los recursos forma, pues, parte de las estructuras de un país —en este sentido, la cartografía es un instrumento de análisis fundamental—, pero no se trata de *factores* eternos y absolutos, puesto que, al contrario, cada modo de producción aprovechará una distribución más que otra, desarrollará un tipo de distribución más que otro. Observemos que este análisis se puede incluir en el de las *fuerzas productivas*, cuya estructura misma es característica, en su base, de un «modo de producción».

Como un *caso concreto* comporta siempre, además de la *elección espacial* (tal país, tal región), una *elección temporal* (tal siglo, tal período), es importante trazar un cuadro estructural de las permanencias geográficas puramente naturales o adquiridas históricamente *al principio del período*, y observar, desde el ángulo de las *fuerzas productivas*, cuáles son los elementos que pueden *favorecer* y cuáles los que pueden frenar tanto el funcionamiento cuanto el nacimiento y la decadencia del modo de producción estudiado. *Los mapas escalonados en el tiempo* muestran entonces en qué medida estas «permanencias» continúan imponiéndose, o bien retroceden ante otros factores.

Las mismas reflexiones pueden aplicarse a las *realidades humanas de larga duración*: estructura espacial de los *grupos* caracterizados por solidaridades muy antiguas de *tipo etnográfico, lingüístico, tribal*, etc. La estructura de distribución de los grupos étnicos es un tipo de realidad de larga duración; su constitución en «nación» consciente de esta comunidad y que intenta organizarse en estado es una realidad histórica que aparece con algunos rasgos del capitalismo. Por lo tanto, el conocimiento de estas distribuciones (geografía histórica) constituye igualmente una investigación *estructural* a realizar (también aquí mediante la *cartografía*).

Observemos que la permanencia de una lengua, de un folklore, de «prácticas» de diversos tipos, que desempeñan un papel tan importante en las «etnias», forma parte de las *estructuras mentales de larga duración* que hemos encontrado también en las indicaciones de Braudel. Para un historiador, el problema consiste en saber si, en las «desestructuraciones» y en las «reestructuraciones» de otro género, de un modo de producción a otro, tal o cual tipo de «estructura mental» *refuerza o debilita la antigua* estructura global, *acelera o retrasa el paso a la nueva*.

Puede darse, por ejemplo, que viejos rasgos étnicos frenen la transición al capitalismo, pero la conciencia de «nacionalidad» puede acelerarla. Por ejemplo, la solidaridad entre feudalismo y catolicismo convierte el nacimiento del protestantismo a la vez en efecto y en factor de reforzamiento (no en «causa» determinante) de la instalación del capitalismo. Y en algunos pueblos, en algunas regiones, sucede, al contrario, que estas *largas supervivencias* de estructuras mentales antiguas conservan algunos rasgos de estructuras sociales mucho más allá de las revoluciones que las han destruido jurídicamente (supervivencias del diezmo en pleno siglo XIX, en los pueblos del oeste francés, y de obligaciones colectivas, bienes comunales, etc., a pesar del individualismo agrario característico de la estructura capitalista).

Por ello, todo estudio de estructura, aplicado a un caso concreto, debe *desbordar con creces los marcos de la estructura dominante*.

2.º *Análisis parciales de estructura en el seno de un modo de producción*. — Si bien el esquema estructural del «modo de producción» debe expresar el carácter de «totalidad» y, por lo tanto, debe concebirse como una coherencia teórica, en cambio, en el curso del análisis, los *estudios parciales de estructura* constituyen un instrumento necesario para el historiador.

Desgraciadamente, puede suceder incluso que el historiador, por las dificultades de su oficio, se vea obligado a especializarse en un análisis parcial; será historiador de la economía, o sea, de las *infraestructuras*, historiador de la política o de las instituciones, historiador de las ideas o de las representaciones —religión, arte—, o sea, de las *sobreestructuras*.

Hay que insistir en la necesidad de *pensar globalmente la historia*, a la vez en *todas* sus relaciones estructurales y en *todos* sus movimientos, pero no debe obviarse que la investigación es *ante todo* una *ayuda*, un *instrumento* para el análisis concreto, y no un resultado, un descubrimiento, de éste.

Así, pues, es legítimo, si bien no siempre suficiente, realizar *investigaciones estructurales parciales*, como *elementos de información* sobre las estructuras.

En estos análisis pueden distinguirse las *informaciones estáticas*, las *informaciones dinámicas*, a cada *nivel* de la realidad estudiada (economía, derecho, política, ideología), y las investigaciones sobre las *relaciones recíprocas entre estos niveles*. Los instrumentos de las informaciones estáticas son la *tabla*, el *corte*; los instrumentos de las informaciones dinámicas son las *curvas*; las investigaciones sobre las relaciones entre los niveles de estructura pueden tener como instrumento el *modelo*, pero a menudo nos hemos de contentar con tratarlas como *problemas*.

a) *Tablas y cortes*. Nos limitaremos a unos ejemplos:

— *Un censo da un corte de la población* en un momento de su desarrollo; los cuadros y gráficas que de él se deducen exigen el *reparto espacial* (densidades), la *distribución por sexos*, por *edades* (pirámide de edades, ejemplo de gráfica estructural), la distribución por *grupos socio-profesionales*. Un corte de este tipo informa sobre las *proporciones* y las *relaciones*, pero da pocos datos sobre la evolución y el funcionamiento de la sociedad; en cambio, los *censos escalonados*, si son regulares y homogéneos, permiten *constatar modificaciones de estructura* (que luego hay que explicar).

— *Una tabla «input-output»* (entradas-salidas, compraventa, producción-consumo) del tipo inventado por Leontief para las estructuras de la economía americana, es una tabla de doble entrada, que puede ser muy simple o muy complicada, donde los grupos de agentes o de actividades económicas se inscriben de tal forma que sea posible encontrar lo que cada uno da y lo que cada uno recibe de los restantes grupos; también en este caso se trata de una *tabla estática*, que expresa las relaciones entre las actividades económicas *en un momento dado*, pero estas tablas pueden realizarse anualmente, decenalmente, etc.

— Los *mapas* son cortes de estructura que expresan las distribuciones espaciales de la población, de los recursos, del consumo, etc.

— *Las tablas y los «histogramas»* (gráficos que representan las proporciones) pueden elaborarse para precisar y representar la *estructura de las fortunas*, la *estructura de las rentas*, en un espacio dado, en un momento dado.

— Los *«organigramas»* son representaciones estructurales de una organización —empresa, estado, administración— en las que se evidencian las relaciones (jerarquía, intercambios, canales para las instrucciones y las órdenes, etc.).

Los ejemplos de estos cuadros estructurales podrían multiplicarse.

b) Las *curvas*. En principio, las curvas se utilizan sobre todo para expresar los hechos de *coyuntura* (cf. el próximo capítulo). Sin embargo, la aproximación y la comparación de los tipos de curva que caracterizan un sistema económico pueden tomar un sentido estructural. 1) Las curvas que expresan los ciclos y las crisis de las economías precapitalistas muestran algunos de los caracteres propios de estas economías —dependen de las cosechas, de la meteorología,

que imprimen sacudidas serias a la demografía—; las curvas que expresan los ciclos y las crisis de la economía capitalista muestran, al contrario, que estos ciclos y crisis (que dependen de la industria) tienen menos repercusiones sobre la demografía, etc. En este caso, el tipo de coyuntura sirve para analizar la estructura. 2) Si se representan algunos hechos (movimiento de los precios, movimiento de la producción) durante un período suficientemente largo, se ponen en evidencia *inflexiones bruscas*, hechos no reversibles (desaparición de algunos productos, techos alcanzados por algunos precios, etc.) que significan cambios en las estructuras económicas.

c) *Modelos y problemas*. Un *ejemplo*: un país proteccionista —que impone derechos de aduana fuertes a las importaciones— se transforma en librecambista. Como resultado de la competencia cambiarán su comercio exterior y su producción interior. Los economistas pueden esbozar un «modelo» de esta economía antes y después del cambio de «política económica». Pero el historiador se pregunta: *¿por qué* este cambio? Se plantea entonces el problema de las relaciones entre los *intereses económicos* y las *decisiones políticas* (relaciones de *nivel*). Para resolverlo debe recurrir a archivos y *publicaciones* (discursos, campañas, comisiones, grupos de presión, etc.).

Hoy día incluso las *estructuras ideológicas* son objeto de investigaciones *cuantitativas* mediante el análisis estadístico de los libros publicados (bibliometría), de las palabras empleadas (lexicometría), de los temas tratados, del público a que se ha llegado, etc.

D) *Microestructuras y macroestructuras*

El historiador, como el economista, tiene generalmente interés en colocarse, para su observación, ante grupos bastante amplios: estudia, cuantitativa y cualitativamente, los grandes rasgos estructurales de una nación, de una región, de un conjunto geográfico.

Sin embargo, no hay que despreciar el interés de las monografías que permiten una «micro-observación», a menudo reveladora. Una ciudad o una pequeña región agraria pueden aportar muchas informaciones sobre las estructuras de una sociedad, siempre que se tengan puntos de comparación o se multipliquen las monografías.

Pero existen sobre todo *organismos típicos* de una sociedad: en el caso del régimen económico feudal, un *señorío* revela el *mecanismo de funcionamiento*, por la base, de la sociedad señorial. En el caso del régimen capitalista, una *empresa* revela el mecanismo íntimo de éste.

Combinar la observación de las microestructuras con el análisis de las estructuras globales es, pues, un método fecundo.

Sin embargo, debe recordarse siempre que *un caso* no puede ser representativo de un tipo de estructura con una validez amplia.

Pero mientras que los «cortes», las «curvas», los mapas y las tablas dan sólo

información sobre las estructuras «*parciales*», una micro-observación bien llevada puede, al contrario, constituir un testimonio sobre el *mecanismo esencial* que caracteriza una estructura global: *el mecanismo de ganancia* en una empresa capitalista es el mismo que el de la clase capitalista en su conjunto.

En cambio, no se sigue de ello que la misma empresa, típica del funcionamiento íntimo del modo de producción, pueda testimoniar sobre el *movimiento de ganancia* en toda la sociedad durante un período determinado. Por tanto, una empresa aislada (o un señorío aislado) puede utilizarse mejor para entender la «estructura» que para entender la «coyuntura», es decir, los movimientos cuantitativos de una economía, a los que nos referiremos a continuación.

COYUNTURA

LA NOCIÓN DE COYUNTURA

En el sentido más general, la «coyuntura» es *el conjunto de las condiciones articuladas entre sí* que caracterizan un *momento* en el movimiento global de la materia histórica.

En este sentido, se trata de *todas* las condiciones, tanto de las psicológicas, políticas y sociales como de las económicas o meteorológicas.

En el seno de lo que hemos llamado la «estructura» de una sociedad, cuyas relaciones fundamentales y cuyo principio de funcionamiento son relativamente estables, se dan en contrapartida unos movimientos incesantes que son resultado de este mismo funcionamiento y que modifican en todo momento el carácter de estas relaciones, la intensidad de los conflictos, las relaciones de fuerza.

Para el hombre de acción, examinar la coyuntura equivale a definir el momento. La noción de coyuntura está muy presente en Lenin, entre la meditación sobre la estructura de la sociedad y la elaboración de las consignas de acción. Una voz que en otro tiempo nos fue familiar decía: «Siendo las cosas lo que son...».

Pero en el uso de la palabra coyuntura hay precisamente el riesgo de abandonarse a lo fácil: «en la coyuntura actual, se puede... o no se puede...». A menudo no es más que pretexto, sucedáneo de análisis más que análisis real, debido a esa terrible dificultad de la política y de la historia que representa la complejidad de los factores, la frecuente imposibilidad de proceder a su medición. La tarea del historiador consiste justamente en establecer vínculos entre lo que puede ser medido y lo que no.

Lo que puede ser medido y que, por lo menos hasta un período muy reciente, parecía obedecer a movimientos espontáneos, susceptibles de ser estudiados como un fenómeno natural, son los indicadores económicos: precios, salarios, tasas de interés, producción, cotizaciones de bolsa, etc. Su expresión numérica varía según movimientos coordinados cuyos mecanismos pueden ser estudiados: orientaciones al alza, a la baja, con tendencias dominantes, a plazo más o menos largo, alternancias cíclicas e inversiones de tendencia más o menos bruscas bajo forma de «crisis». Estas regularidades y esta posibilidad de cuantificar han llevado a considerar en primer lugar los aspectos económicos de la coyuntura. Ésta se ha convertido en una de las ramas de la ciencia económica. Y los historiadores, para sus propios análisis, han procurado utilizar sus resultados y ampliar su base empírica.

En el siglo XIX había llamado la atención de los estudiosos la reiteración periódica de las «crisis»: hundimientos de la bolsa, caída de la demanda, de los precios, mano de obra arrojada al paro forzoso. Say, Sismondi, Marx, Juglar (cuyo nombre sirvió para designar este tipo de crisis) las describieron y las interpretaron. Pero también se observó otras series sucesivas de tendencias:

Émile Levasseur, a propósito de la «cuestión del oro», durante la década de 1850, observaba en la historia 14 inversiones importantes de tendencia en las relaciones entre el precio de los metales preciosos y el de las mercancías en general (tendencias a largo plazo de los precios expresados en oro).

A principios del siglo XX la idea de la *previsión* de las crisis (puesto que parecían obedecer a las leyes de una cierta periodicidad) pasó a ser una preocupación fundamental de los economistas, y se crearon institutos para la observación de los índices económicos: el «barómetro de Harvard», el Institut für Konjunkturforschung de Ernst Wagemann en Alemania. Pero la crisis más justificadamente famosa de la historia contemporánea, la de 1929, no fue evitada y resultó decisiva para imponer en las mentes de los economistas, de los políticos y de los historiadores la idea de que el movimiento espontáneo de los fenómenos económicos —la coyuntura— era sin duda un factor histórico fundamental.

Entre 1950 y 1970 las intervenciones calculadas en la vida económica —planificaciones, inversiones públicas, modificaciones monetarias, manipulaciones de la tasa de interés— hicieron pasar a segundo plano, durante algún tiempo, la preocupación por los ciclos y las crisis, que sin embargo seguían tendiendo a manifestarse en las economías de libre empresa, aunque su magnitud se haya visto reducida. ¿Se había llegado realmente a una economía *self-sustained, konjunkturlos*, tal como se pretendía? Los años 70 han revelado otro tipo de crisis.

En cambio, quiero subrayar la diferencia de actitud, ante tales fenómenos, entre el economista y el historiador. El economista busca las *causas*, con objeto de prever, de prevenir. El historiador se preocupa, a propósito del pasado — como el político a propósito del presente —, no sólo de las causas, sino también de las *consecuencias* de las crisis: choques sociales, modificaciones en los ingresos, aumento de las rivalidades internacionales, etc. Para ello, aun suponiendo que en el futuro el papel de las crisis estuviera llamado a atenuarse, seguiría correspondiendo al historiador la tarea de reconstituir su papel en tiempos pasados, su lugar en la historia.

Entendámonos, sin embargo, sobre un punto, no siempre percibido con claridad. Estoy pensando en las objeciones del historiador soviético Boris Pórshnev al método de análisis histórico «coyuntural» de Ernest Labrousse aplicado al siglo XVIII francés. Pórshnev había comprendido que se trataba de convertir las «crisis de subsistencia», las hambres periódicas, en «causa» de las agitaciones sociales y, en definitiva, de la Revolución francesa misma. Estimaba que en realidad tales conflictos, esta revolución, surgían de las contradicciones de clases, de las estructuras internas de la sociedad. Naturalmente, tenía razón. Pero la historia coyuntural de Ernest Labrousse no decía lo contrario, sino lo mismo, pero mostrando: 1) que la tendencia económica predominante del siglo XVIII —el «plazo largo» de la coyuntura—, al desarrollar los medios económicos de una burguesía, agudizaba, y finalmente hacía superar de manera revolucionaria, las contradicciones entre el poder económico de esta clase y sus inferioridades jurídicas y políticas; 2) que las crisis de subsistencia a corto plazo, añadiéndose a situaciones de malestar bastante generalizado debidas a

coyunturas medias de estancamiento, podían combinar las violentas rebeliones de masa a las voluntades de derrocamiento del sistema político surgidas del plazo largo, lo cual se produce en 1789. Esto no significa que la «coyuntura» sea la «causa» de estos grandes acontecimientos que derrocan las estructuras. Pero permite seguir su *preparación* y explica las *fechas* en que tienen lugar. Digamos que hay más «probabilidades» de que estalle un motín en tiempo de hambre que en un año de buena cosecha. Esto no significa, sin embargo, que el motín vaya a estallar necesariamente, y menos aún que vaya a transformarse en revolución. Pero si hay *confluencia* (coyuntural) entre agudizaciones máximas de las contradicciones sociales a niveles diversos, se reúnen las condiciones revolucionarias. Tal es el sentido del análisis coyuntural.

Una vez hechas estas observaciones, ¿cómo observar las coyunturas económicas? ¿Cómo vincularlas a la historia social y a la historia a secas?

1) Los *signos* más fáciles de observar, de cuantificar, en este ámbito de las coyunturas son los *movimientos de los precios de las mercancías*. Sus fluctuaciones constituyen la mayoría de las veces la base documental fundamental. Cuidado: los precios no son la *causa* del movimiento; son también *efecto* suyo; y sobre todo son, en primer lugar, el *signo* del movimiento, lo cual no les impide convertirse a su vez en «causa» (si bajan demasiado de prisa, se reducen los estímulos para las iniciativas económicas; si suben demasiado de prisa, ponen la vida más difícil al consumidor). De hecho hay que observar *toda* la actividad económica en su conjunto: producción, intercambios, empleo, incluso la población, y relaciones entre el movimiento de los precios y el de los ingresos (salarios, beneficios, rentas). Un estudio basado exclusivamente en el movimiento de los precios correría el riesgo de ser engañoso por simplificación. Pero dicho movimiento sigue siendo el instrumento *más accesible* para la reconstrucción histórica, y es indispensable. Es el mejor «indicador».

2) Los economistas pueden llegar a diseñar «modelos» matemáticos de la coyuntura. A condición de que se mantengan dentro de lo económico. El historiador difícilmente podrá matematizar las relaciones entre un movimiento precios-salarios y las probabilidades de un movimiento social. Pero tiene que proceder a analizar al mismo tiempo datos económicos y datos no económicos. Al saber lo que ha ocurrido y al poder cuantificar ciertos datos, puede proceder a un análisis «causal» cuyos elementos sean los diversos aspectos de la coyuntura. Si se hace una «historia económica» o una investigación de «historia sociopolítica» de Francia en 1920 ignorando, o dejando de señalar, que el coste de la vida aumentó en un 9 % cada mes durante los tres primeros meses, esto significa — digámoslo así— dejar de lado por lo menos *uno de los factores* a tener en cuenta.

Examinemos ahora las grandes líneas de una historia general en sus relaciones con las coyunturas económicas en plazos de una u otra magnitud.

Los movimientos de duración muy prolongada y los movimientos «seculares»

Siguiendo criterios muy generales pero nada imprecisos, pueden constatarse tendencias de muy larga duración comunes por lo menos a mundos homogéneos. Si tomamos, por ejemplo, el occidente cristiano a partir de los últimos tiempos de la antigüedad, es evidente que entre los siglos V o VI y el X la población es muy escasa, las comunicaciones difíciles, la vida económica se reduce seguramente no a una «economía natural» totalmente cerrada pero sí probablemente a una economía agrícola muy poco orientada hacia el intercambio, con una vida urbana reducida al mínimo y una circulación monetaria muy limitada. Señalemos que, en contraste con el mundo cristiano, el musulmán se hallaba entonces en expansión con una actividad tendente a concentrarse en las ciudades, de Bagdad a Córdoba, y una amplia circulación de monedas de oro. Si contemplamos, pues, el mundo entero en lugar de limitarnos siempre a Europa, cabe distinguir «zonas coyunturales» más que «coyunturas mundiales».

Para ceñirnos, no obstante, a lo más conocido, hay que saber que, *desde finales del siglo X a comienzos del XIV*, el occidente cristiano atraviesa una prolongada coyuntura de auge, esto es: aumento general de la población, roturaciones masivas de tierras y consiguiente incremento de la producción agrícola (seguramente menos que proporcional al de la población, pero sin embargo suficiente para no entrar en contradicción con este crecimiento), multiplicación de los intercambios internos y exteriores, expansión militar (cruzadas), renacer de la economía monetaria (y al final basada en el oro), ascenso deficientemente conocido pero cierto de los precios, vida urbana que —en ciertos márgenes (Flandes, Italia)— se orienta incluso hacia la producción industrial concentrada (Florenia) y el gran comercio (Venecia, ciudades hanseáticas).

A la inversa, *desde comienzos del siglo XIV hasta el último tercio del XV*, se asiste a un encadenamiento de catástrofes (pestes y hambres) con hundimiento de la población, abandono de tierras, caída indudable de la producción global, crisis de las grandes actividades comerciales, tendencia al estancamiento o a la baja de los precios (combatida por inflaciones monetarias artificiales); cuando la crisis se agudiza, se constatan luchas sociales intensas, y esto coincide con la época de las guerras de larga duración (guerra de los Cien Años). No hay que sacar la conclusión de que había una inactividad completa, ni situaciones absolutamente generalizadas de miseria. Incluso hacia el final de este período, la concentración sobre las mejores tierras de una población menor y la mejora de las técnicas de producción —mejora que tendió a hacer disminuir los precios de los artículos de consumo masivo— han hecho posible que se haya hablado de «edad de oro de los trabajadores» (entendamos por ello: período excepcionalmente favorable al salario frente a los precios). Pero esto mismo acarrió una recuperación-demográfica, y, hacia 1470-1475, la «coyuntura larga» se invirtió y pudo asistirse a una nueva fase de «expansión» económica (que, a la larga, volverá a ser desfavorable a la remuneración del trabajo).

Efectivamente, *desde finales del siglo XV hasta finales del XVI o hasta las primeras*

décadas del XVII, sucediendo al aumento demográfico, tienen lugar inventos, descubrimientos, es una época de actividad que se multiplica, de intercambios que crecen, de alza rápida de los precios, de veloz formación de fortunas y de lujo en las cortes, pero sin revolución técnica agrícola en la base, lo cual da lugar a una disminución de los medios de vida entre las masas campesinas; desde finales del siglo XVI menudean en casi todas partes catástrofes del tipo hambre- peste.

El siglo XVII, entre fechas que deberían fijarse con mayor exactitud y que varían de una región a otra, fue un siglo de *depresión económica* relativa. Después de haberse hablado mucho, sobre todo a propósito de Francia, del «siglo XVII trágico» —que corresponde sin embargo a triunfos militares y diplomáticos exteriores—, se tiende hoy a insistir en los matices cronológicos y regionales. Está comprobado que la baja de precios, signo de depresión coyuntural, empieza en España con el punto de inflexión de los años 1600-1610 y que, al combatirla con una inflación artificial de moneda de cobre, se acentuó en este país la «decadencia» catastrófica de la economía. En Francia la depresión empezó más tarde, y las grandes oleadas de miseria rural corresponden a finales del siglo (cf. La Bruyère, Vauban). Los años centrales del siglo vienen marcados, en la Europa central, por la «guerra de los Treinta Años», que despobló terriblemente provincias enteras de Alemania. Pero en Inglaterra, desde el siglo XVII, tienen lugar transformaciones en la técnica agrícola, gérmenes de «revolución industrial» y ganancias considerables en el comercio marítimo, que, tras la revolución política de 1688, convierten este país en el primer escenario de un vigoroso cambio de coyuntura.

El siglo XVIII, entre hitos cronológicos que varían de un país a otro y que son objeto de controversia, se presenta en conjunto —y en regiones del mundo tan distintas como Europa, México y OEina, por ejemplo, lo cual no deja de plantear problemas curiosos— como un largo período de crecimiento demográfico, de ascenso de la producción (pero probablemente no proporcional, por lo menos no en todas partes, al incremento del número de seres humanos), de alza de los precios, de estímulo a la empresa espontánea, de multiplicación de los intercambios y finalmente, en ciertos lugares, de innovaciones técnicas y de industrialización.

Algunas observaciones sobre estos «períodos largos» o, mejor, sobre los problemas que plantean a la reflexión:

Primeramente, se *discute* sobre las dimensiones exactas de los cambios de tendencia y sobre su localización; el paso del desarrollo de la Antigüedad —esencialmente mediterráneo— al estancamiento medieval pudo durar varios siglos: el fin de la expansión medieval del occidente europeo corresponde a comienzos del siglo XIV (hambres en torno a 1315-1330), pero a veces ha tenido signos precursores ya a finales del siglo XIII; en otros sitios no comienza antes de 1348-1350. El «viraje» que conduce de la edad media en crisis a los «tiempos modernos» expansivos comienza a la vez con los *repoblamientos* de las regiones afectadas por las hambrunas y las guerras (en Francia, reinado de Luis XI) y con los *primeros viajes de descubrimientos* (portugueses en torno a África, primeras remesas de oro), es decir hacia 1475, pero a menudo el desencadenamiento

tajante de la era de expansión se demora aún hasta 1492 (Colón) e incluso hasta los primeros años del siglo XVI. Para el siglo XVII parece haber una «coyuntura mediterránea» (en particular española), en descenso a partir de 1610; en otras partes (cf. Braudel) la expansión parece durar casi hasta 1650 aproximadamente; a la inversa, se produce con certeza una recuperación comercial *mundial* (extremo oriente) a partir de 1680-1700, lo cual acarrea «renacimientos» notorios (Inglaterra, Cataluña); pero en Francia el «trágico siglo XVII» perduró tal vez hasta el sistema de Law por lo menos (cf. Goubert, Le Roy-Ladurie). Por último, se suele hacer durar el siglo XVIII expansionista hasta 1817 porque los precios europeos suben hasta esta fecha; pero tal vez, en el curso de los últimos años, este alza se debe a las circunstancias de guerra, y los signos de inversión (crisis demográficas muy duras, malas cosechas reiteradas, extracción de la plata mexicana cada vez menos rentable...) ya se perciben desde 1793-1796. Hay que evitar, pues, los esquemas demasiado afirmativos, las aplicaciones mecánicas de las fechas habituales a todos los medios: el estudio de los «casos» (cuya suma permite un juicio más general) sigue siendo una tarea indispensable.

Otra observación se refiere a la *duración de los períodos y a la amplitud de las coyunturas comunes* parece que los «períodos largos» se hacen cada vez más cortos a medida que la historia avanza; el estancamiento de la primera edad media dura cuatro o cinco siglos, la expansión medieval dura tres, la crisis de la baja edad media un siglo y medio (aproximadamente de 1330 a 1475-1492), la expansión del siglo XVI no mucho más de un siglo, el estancamiento del XVII sin duda mucho menos; y en el curso del siglo XVIII —si se tienen en cuenta ciertos períodos controvertidos, 1680-1710 y 1793-1817— quizá se dibujan ya varios «subperíodos» (de unos 25 años), tal como ocurrirá más tarde, con más nitidez, en el siglo XIX.

Por otra parte, en la medida en que la observación histórica opera a escala mundial, parece seguro que las coyunturas modernas están más *generalizadas* que las antiguas; pero esto debería precisarse más; es importante, porque según si se establece un emparentamiento de coyunturas entre países sin relaciones recíprocas (China y occidente en la edad media), o, por el contrario, una ampliación de las tendencias coyunturales paralela a la ampliación de los vínculos entre países alejados unos de otros, se tenderá a buscar las *causas* de las coyunturas largas ya sea en factores físicos generalizados (*clima*), ya sea en fenómenos humanos (relaciones comerciales, invasiones, etc.).

No se puede, en efecto, dejar de lado las *causas* de tales inversiones de tendencias y de estos largos períodos muy contrastados; por desgracia, las explicaciones no van más allá de lo hipotético; cuando son unilaterales (un solo factor causal propuesto), queda por explicar este factor; y, si son dialécticas o complejas, los modelos explicativos no siempre están bien elaborados; he aquí, en líneas generales, algunas tendencias en las tesis explicativas:

a) La tendencia *climática* (modificaciones del clima a plazo más o menos largo). Es sabido que tales modificaciones han tenido lugar en el curso de períodos geológicos; es posible, pues, que todavía se produzcan, pero ¿cómo?; ciertas observaciones materiales, como la de las capas sucesivas de crecimiento

anual de los árboles multicentenarios, u observaciones históricas (notas sobre los libros de contabilidad, fechas de las siegas o de las vendimias, etc., informaciones sobre el avance de los glaciares) permiten descubrir series de años más o menos favorables a las cosechas y a la vida humana; también hay signos relativos a los avances o retrocesos de la aridez en los confines de los desiertos. Los trabajos de Le Roy-Ladurie, que resumen y critican las tesis demasiado apresuradas sobre estas posibilidades, son a la vez sugestivos y prudentes. Nada autoriza todavía a hacer derivar las coyunturas *mundiales* de fenómenos *geofísicos* (aunque no esté del todo excluido). Tal vez puedan establecerse paralelismos entre series de malos años meteorológicos con «interciclos» de los precios agrícolas, y lo mismo en el caso de los «años buenos». Con todo, ¿a qué llamamos «malo» y «bueno»? En el caso del vino, una secuencia de cosechas demasiado buenas hunde los precios, ya que el producto es comercializado. En el caso del trigo, o de cualquier cereal panificable, demasiados años malos afectan al final a la población (hambres, etc.), pero pueden enriquecer a algunos vendedores; así pues, sea cual sea el origen de los ciclos, hay que pasar forzosamente por la *demografía* y la *economía* como *intermediarios*.

b) La tendencia *demográfica*: con demasiada frecuencia se resume en el «esquema malthusiano»: la población aumenta, pero las subsistencias aumentan menos; existirá, pues, un «techo», que se pondrá de manifiesto por medio de catástrofes; la población entonces bajará, y las subsistencias bastarán, permitiendo por cierto tiempo nuevos arranques; esta dialéctica entre producto de la tierra y número de seres humanos ha podido imponerse mientras no se habían descubierto ni difundido técnicas suficientes (selección de suelos y de semillas, fertilizantes). El estudio a largo plazo de Le Roy-Ladurie sobre el Languedoc sigue esta dirección.

Pero los mecanismos, con toda seguridad, son más complejos; hay que tener en cuenta la ocupación de tierras de calidad cada vez inferior (rendimientos decrecientes) cuando la población aumenta; pero también, quizás, del propio desgaste de la tierra cuando es cultivada durante demasiado tiempo, incluso con rotación de cultivos; el movimiento corto de los precios depende de las cosechas; el movimiento largo depende de los costes «marginales» (es decir, del coste del producto en relación con la última unidad puesta en cultivo); pero los precios dependen también de la expresión *monetaria* (monedas-signos de cada país, monedas-objetos en las relaciones internacionales).

c) Entonces es cuando aparece la *explicación monetaria*; los largos períodos de alza se deberían a la desvalorización a largo plazo del signo monetario internacional (oro, plata), tras los descubrimientos de minas (grandes descubrimientos, minas brasileñas o mexicanas, California); a la inversa, el conjunto de los precios baja a largo plazo cuando el metal-moneda se vuelve escaso con respecto a las transacciones; se trata de una observación perfectamente clara, pero que sólo arroja luz sobre un aspecto de los fenómenos; el movimiento general de los precios no puede ser el único factor (y algunos lo consideran más bien *consecuencia*) del movimiento de expansión secular en virtud del cual se observa cómo crecen y decrecen tanto las poblaciones como las producciones; por último, hay en cada país medios para modificar la masa

monetaria con relación a las transacciones sin referirse constantemente a los metales (monedas internas, crédito); por consiguiente, no se puede ni dejar de lado el factor «moneda» ni considerarlo único.

Seguramente algún día podrá reconstituirse el modelo exacto y complejo (a base de estudios) en el cual se articulan los siguientes elementos: multiplicación de los seres humanos, ocupación de las tierras, aprovechamiento de las mismas (incluyendo entre los factores los cambios climáticos), explicación del «movimiento general de los precios» por la alternancia de valorizaciones y desvalorizaciones de las mercancías frente a la moneda y de la moneda frente a las mercancías, influencia de este movimiento de los precios por una parte sobre las empresas de producción y por otra sobre las posibilidades de consumo. Retengamos de momento la necesaria complejidad de toda explicación aceptable de los movimientos largos.

Pero cabe añadir otra observación: el interés del historiador, según hemos dicho, se dirige más hacia las *consecuencias* de los movimientos coyunturales espontáneos de la demografía, de la economía, que a sus causas próximas o remotas. En el *plazo largo* que acabamos de evocar, el historiador *comprueba* (por no hablar más que del occidente europeo, nuestro campo histórico habitual, y sin olvidar que este campo es obviamente estrecho) lo siguiente:

— *El estancamiento medieval* corresponde a la *disolución de un mundo* (el mundo antiguo, dominado por Roma colonialmente, con un gran comercio en beneficio de unos pocos, luego roído por la despoblación e invadido por las tribus «bárbaras» en marcha) y a la constitución de una *sociedad nueva* que tardó siglos en hallar su punto de equilibrio: la *sociedad feudal*, fundada en una ocupación poco densa del suelo, en la agricultura, en relaciones limitadas entre unidades productivas y regiones.

— *La expansión medieval* corresponde a los triunfos de esta nueva organización: más hombres, repoblamientos, tierras nuevamente puestas en cultivo, relaciones nuevas en oriente (cruzadas), descubrimiento de un equilibrio político en la jerarquía de las relaciones personales, etc.

— *La crisis de la baja edad media* es una *crisis general* de dicho sistema, en la que confluyen: el exceso de población, el agotamiento de las tierras, el retroceso ante invasores, las guerras de toda clase, etc., hasta el momento en que la población numéricamente disminuida ve mejorar sus condiciones de vida e impone en mayor medida sus voluntades a las fuerzas feudales declinantes; pero la baja de los precios hace que resulten seductoras las expediciones a tierras lejanas, y los desórdenes favorecen la toma del poder por autoridades centrales más elevadas (reyes); esto desemboca, en el siglo XV, en la constitución de ciertos estados-naciones-monarquías que organizan un equilibrio nuevo, el cual resultará coronado por los descubrimientos oceánicos (España, Portugal, Inglaterra, Francia).

— *El siglo XVI* es la época del triunfo de este sistema político nuevo: aumento de los poderes de reyes y comerciantes frente a un mundo feudal todavía sólido, pero en vías de disgregación; recuperación demográfica, productiva, enriquecimiento, relaciones comerciales de ámbito muy amplio; pero también,

debido al alza de la población y de los precios, crecientes dificultades para el campesino-productor o para el artesano (descenso de sus ingresos reales); hacia 1600, en fechas distintas según los países, este empobrecimiento de la base repercute en la cúspide.

— *En el siglo XVII* vuelve a crearse, efectivamente, una atmósfera de *crisis general*; guerras terribles en Alemania (guerra de los Treinta Años), decadencia española, portuguesa y, finalmente, italiana (Venecia), revoluciones en Inglaterra y Francia (Fronza), guerras generalizadas; el triunfo de Holanda es esencialmente mercantil y anuncia el futuro del tal comercial como fuerza política (república de las Provincias Unidas); Francia prolonga la época de los triunfos absolutistas por su superioridad demográfica y militar, pero la crisis del siglo perdura en este país cuando en otros se va ya atenuando.

— *El siglo XVIII* viene marcado por la búsqueda de un *nuevo equilibrio* entre las *clases*: siglo de *expansión* pero también de *revoluciones* (cuyo aspecto predominante es el económico en Inglaterra y el político en Francia), de tal modo que ambos fenómenos se anuncian en todas partes pero no se producen de igual manera en todos los países.

Estas observaciones menos apresuradas permitirían imaginar las fases largas de la «coyuntura» como otros tantos signos de *modificación de las estructuras*: elaboración lenta y difícil de los modos de producción sucesivos, fases de triunfo y de equilibrio, fases de crisis, fases de reconstrucción en base a mecanismos nuevos. Estas divisiones permiten a la vez confirmar y matizar nuestras divisiones históricas habituales: antigüedad, edad media, tiempos modernos, tiempos contemporáneos, como fases en que sucesivamente se preparan, triunfan y entran en crisis el modo de producción antiguo (esclavismo y colonialismo romanos), el modo de producción feudal, la transición que representa la formación del capital comercial y la culminación monárquica de la sociedad feudal declinante, y por último la génesis del mundo contemporáneo: formación del capitalismo industrial y de las relaciones sociales que le corresponden. Coyunturas y estructuras no son dos nociones extrañas entre sí; son dos aspectos de fenómenos comunes.

Los movimientos «semiseculares», los «interciclos», los «ciclos de Kondratieff»

Tal vez ya desde el capitalismo comercial (como sostienen algunos autores) y con certeza en el seno del capitalismo industrial (a partir de finales del siglo XVIII), puede observarse, *durante periodos mucho más breves* que los anteriores, la alternancia de fases «de expansión» o de «retracción» que duraban cada una 25 años y constituían pues un «ciclo» de 50 años. Tal vez se puedan poner en relación con esos «interciclos» de alza y baja de los precios, de unos veinte años o algo más de duración, que Labrousse descubrió se daban en vísperas de la Revolución francesa.

Sin embargo, en este caso como en el de los «ciclos largos», es más fácil descubrir que interpretar.

Lo que se constata claramente es la *alternancia de las tendencias* al alza o a la baja de los *precios nominales*. Alternancia bien conocida: 1817-1850 baja, 1851-1873 alza, 1874-1895 baja, 1896-1920 alza. Añadamos en seguida que estas fechas son *indicativas*; según los países, pueden variar en uno o dos años, o más; y en el siglo XX no se sabe si debe situarse la cúspide de la «onda» del alza en 1920 o en 1929.

Estas «ondas» semiseculares han sido estudiadas por el ruso Kondratieff, de quien reciben el nombre, y descritas sistemáticamente e interpretadas en una perspectiva más sociológica e histórica por el francés François Simiand; finalmente, hay un libro entero dedicado a estos movimientos (de hecho también a los movimientos «largos»); el de J. Imbert, exhaustivo pero sin conclusiones personales claras.

Las divergencias giran en torno a:

— las *definiciones* del movimiento: ¿se trata del *movimiento de los precios*? ¿Se trata de *expansión* y *contracción* generales alternas, referentes a *todos* los índices económicos? De hecho todo el mundo concuerda en decir que en el siglo XIX la *producción crece* continuamente, pero con ritmos distintos: rapidez, luego disminución del ritmo (techos) de las tasas de crecimiento; Simiand parece más sugerente cuando muestra que se trata de *épocas de facilidad* (cuando los precios suben todo el mundo puede abordar empresas con alguna probabilidad de éxito, se multiplican las iniciativas) seguidos de tiempos de *dificultades* (los precios bajan o se estancan, y a partir de este momento las empresas débiles desaparecen y sólo subsisten las que innovan para resistir la baja de los precios de venta; hay *selección* y no multiplicación; pero el resultado es progresivo, no sin padecimientos, como quiebras, paro, etc.);

— la *interpretación* del ciclo. En este caso las divergencias no son menores. Para Simiand es toda *monetaria*: cuando se descubre oro (en el siglo XIX, metal monetario por excelencia), el precio de éste baja con relación a las mercancías; hay pues alza de los precios «generales», de la cual deriva una cierta «facilidad»; luego, al reforzarse la oferta de mercancías (en cuanto al ritmo de crecimiento) sobre la oferta de oro, se produce el fenómeno inverso, hasta que un nuevo descubrimiento vuelve a abaratar el oro, etc.

Kondratieff, por su parte, cree que el precio del oro viene demasiado influido por su función monetaria para que pueda determinar la vida económica por su precio de producción; habría que buscar en otra parte las razones de los ritmos espontáneos de la economía: tiempo de «digestión» de las innovaciones técnicas fundamentales (ferrocarriles, etc.), y tal vez incluso digestión de los efectos económicos de las guerras. Pero siendo así las cosas, ¿cómo justificar la periodicidad relativamente regular?

De hecho, no tenemos ninguna «explicación» del ciclo largo, salvo si pensamos que es una resultante de los ciclos más cortos, que quedan por explicar.

Pero *para el historiador*, una vez más, lo importante reside en las *consecuencias* históricas o, mejor aún, en el elemento explicativo que aporta el

ciclo para formarse un juicio global del período: por ejemplo, la «prosperidad imperial» de los tiempos de Napoleón III corresponde a una fase de «facilidad» en el desarrollo que, por ser internacional, no se debe tanto como se dice a veces a las iniciativas imperiales o al «orden»; pero se pueden estudiar, en este marco general, los distintos aspectos de las creaciones económicas de la época, sus rasgos, sus implicaciones sociales y políticas. En cambio, en el período de la «gran depresión» que va de 1873 a 1895, las leyes proteccionistas de Méline fueron quizá responsables, como a menudo se las ha acusado de ser, del débil desarrollo agrícola francés; pero son explicables como respuesta a la depresión. Y, finalmente, si no se quiere decidir por adelantado sobre la anterioridad del factor económico o del factor político, los años 1896-1913 pueden ser examinados, problemáticamente, bajo el ángulo mercados-rivalidades-armamentos en época de búsqueda de mercados.

El ciclo «intradecenal» (llamado de Juglar) y la «crisis de tipo antiguo»

Es sabido que a partir del momento en que la actividad industrial se colocó en el centro de la vida económica puede constatarse que periódicamente, después de una serie de años de creación, de euforia, de ventas fáciles, de alzas de precios, se desencadenaba una «crisis» de ventas, una inversión de la tendencia de los precios, y de ahí un encadenamiento de quiebras, pánicos, crisis de bolsa, cierres de empresas y en consecuencia paro, crisis seguida por un período más o menos largo de «depresión» y luego por una recuperación progresiva de las ventas, de los precios, de la producción.

Todo el mundo en el siglo XIX conoció y comentó esta «crisis», y muchos el «ciclo»: Sismondi y Marx los primeros. En 1857 Juglar, economista francés, dedicó una obra al fenómeno; de ahí el nombre con que los economistas lo han bautizado.

Pero no olvidemos:

1) que ya había «*crisis comerciales*» de periodicidad análoga en las plazas del gran comercio antes de la instalación del capitalismo industrial; 2) que había (y puede haber aún en los países técnicamente poco desarrollados) despliegue de las *crisis agrícolas* determinadas por las malas cosechas; el ciclo de Juglar no es pues un fenómeno aislado, aunque sea típico del capitalismo industrial.

Hay que reconocer simplemente que toda vida económica *espontánea* se desarrolla según ritmos ondulatorios, ya sea ritmos determinados por la propia dialéctica de sus mecanismos (por ejemplo, el alza de los precios estimula la creación de empresas, ésta acrecienta la oferta, que rebasa la demanda y da lugar a la crisis, etc.), ya sea por el impacto de realidades «exógenas» (no económicas: malas cosechas, intervenciones políticas, etc., cuyas repercusiones sobre el conjunto de la economía dependen de la amplitud de las zonas afectadas por el hecho). Estos movimientos de la economía —los cuales en realidad, siendo a la vez causas y consecuencias, ponen de manifiesto a menudo los ritmos de la sociedad global— han sido estudiados por los economistas y los econometristas

a la vez mediante reconstituciones estadísticas multiplicadas y elaboradas y mediante la construcción de modelos matemáticos que parten de hipótesis lógicas e integran un número mayor o menor de factores.

Puede haber «ciclos» muy simples, observados por ejemplo sobre la base de un solo producto; el precio de la carne de cerdo en Alemania, observado entre 1895 y 1914, permitió la construcción de un modelo provisional que se verificó perfectamente hasta 1930; pero esto se debió a que, por ser la demanda muy regular, los precios dependían sólo de la oferta, la cual dependía a su vez de las previsiones espontáneas de los ganaderos a propósito de los movimientos del precio. La vida económica global es evidentemente más complicada, lo cual no impide que sea estudiada mediante «modelos». Y si los modelos son válidos, se puede a la vez prever e intervenir. Esta fue la ambición de los Institutos de Coyuntura de Harvard, de Berlín; en el límite, el ideal sería *suprimir* la «coyuntura» (economía *konjunkturlos*), ya que ésta comporta «crisis» y «depresiones».

Para el historiador el problema consiste en saber en qué medida la observación, o el conocimiento, de las coyunturas económicas de todo tipo le ayuda a comprender la historia global de un país o de un momento.

Ahora bien, lo que hasta hoy le ha ayudado más en este terreno es una *distinción* (poco utilizada por los economistas) entre dos tipos de crisis (y de ciclos), cada uno de los cuales caracteriza un tipo de economía y sin duda también un *modo de producción diferente*:

— *Cicloy crisis de «tipo antiguo»*, característicos de economías de predominio agrícola y relaciones comerciales limitadas: la Europa anterior a la revolución industrial, y hoy todavía numerosos países subdesarrollados; a) *la «causa»* — suponiendo que este término sea el adecuado— reside en una o varias malas cosechas, debido a lo cual la oferta de grano es muy inferior a la demanda, sin olvidar que ésta es la suma de las necesidades del consumo y de las de la *siembra* (a veces un cuarto de la cosecha normal que ha de usarse de nuevo); los precios entonces suben y, mediante el juego de las previsiones y de los almacenamientos, se establece un «ciclo» más o menos regular y entrecortado, pero que finalmente se configura siguiendo las probabilidades estadísticas de los fenómenos meteorológicos; b) *la forma* del ciclo y de la crisis es la siguiente: *alza* del precio del grano, dificultad para el consumidor popular de alimentarse (por formar los cereales la base de la alimentación); imposibilidad, pues, para el consumidor popular de comprar otros productos que no sean alimenticios; en consecuencia, crisis de mercados industriales (la industria predominante es entonces la textil, que queda sin clientela); en la ciudad se produce, pues, paro artesanal e industrial; en el campo, todos los que tienen una cosecha insuficiente no tienen nada que vender y en cambio necesitan comprar, lo cual hace subir aún más los precios, sobre todo para los cereales más pobres; puede producirse subalimentación, carestía, a veces hambre, y en consecuencia enfermedades; la demografía se ve afectada; pero con buenas cosechas la vida puede recobrar con bastante rapidez su pulso; sin embargo, la baja de los precios hace que la venta de los granos resulte poco remuneradora para quienes no pueden almacenarlo.

Las *consecuencias* son: miseria, hambre, revueltas, luchas para guardarse cereales y no dejarlos circular, exigencia de tasas, necesidad de limosnas, mendicidad y vagabundeo, sacrificio de reses, etc.

Características claras: causa *meteorológica*, crisis ligada a un *alza rápida y corta* de los precios *agrícolas*, industria afectada por repercusión y sistema social implicado en su totalidad (exacciones feudales, diezmo, imposiciones fiscales autoritarias, sistema de la beneficencia eclesiástica, la *moral* incluso; reacción anticomerciante, antiusuraria, etc.).

Es del todo evidente que este tipo de crisis es *cualitativamente distinta* del tipo llamado «de Juglar», que adquiere carta de naturaleza en el siglo XIX en los países del capitalismo industrial.

— Ciclo y crisis en el capitalismo industrial: las causas de la crisis y del ciclo son en este caso internas al sistema. Es la contradicción entre la lógica de la iniciativa individual y la lógica de los resultados globales la que trae consigo la inversión de «tendencias»; a grandes rasgos, coloquémonos en una fase de alza de los precios: primero los salarios suben menos que los precios, se auguran buenas ganancias; proliferan pues las empresas y en las empresas sube la producción; la demanda del sector de consumo impulsa también la demanda en el sector de los bienes de producción (máquinas, utillaje, transportes, etc.), lo cual provoca una plétora del aparato productivo: hay «sobreinversión». Ahora bien, en un determinado momento, la mano de obra, en épocas en que la demanda de trabajo supera a la oferta, obtiene ventajas, lo cual amenaza la tasa de beneficio; y en el mismo momento la euforia del «auge» ha provocado sobrepujas en la bolsa. Basta entonces con que surja nerviosismo en un sector para que ello acarree un pánico bancario, quiebras, caídas en las carteras de pedidos, aumento de los stocks no vendidos, etc.

La *forma* de la *crisis* es, a diferencia de la crisis antigua, no el alza de los precios agrícolas, sino *la caída de los precios industriales*; así pues, ambos tipos de crisis no pueden confundirse. Las *consecuencias* de las crisis de los siglos XIX y XX son de varios órdenes distintos: en lo social, paro, quiebras, selección de las empresas o concentración de los capitales, lucha contra la baja eventual de los salarios y, si la crisis es demasiado generalizada o se prolonga, proteccionismo, malthusianismo, conflictos internacionales. Además, en el período de entreguerras, el *sistema monetario* es puesto en tela de juicio: se busca la salida de las crisis a través de *devaluaciones*.

Los economistas, sin duda, han atribuido demasiado poca importancia a este *cambio cualitativo* en los tipos de crisis: Jevons y Moore, hacia 1900, habían tratado de vincular al «ciclo agrícola» (ligado por su parte a los fenómenos solares) la periodicidad de las crisis capitalistas, lo cual era absurdo teniendo en cuenta el estado evolucionado de la economía.

Pero no es falso decir que la *crisis de tipo antiguo*, es decir, la crisis determinada por las malas cosechas, desempeñó todavía un papel —incluso un papel político— en la Francia del siglo XIX, más aún en España (revolución de 1868), en los países subdesarrollados (India) y en los comienzos del socialismo (1921-1932). Esto significa simplemente que estos países no estaban aún enteramente

estructurados por el sistema coherente de una economía industrial dominante que caracteriza el modo de producción capitalista.

— *Otros «ciclos»*: por debajo de los ciclos «intradecenales» llamados de Juglar se dan movimientos más cortos; por ejemplo, sobre todo en América, los llamados de Kitchin (40 meses); éstos no tienen interés más que para los econométricos y para la previsión a corto plazo.

En cambio, el *movimiento estacional* es históricamente interesante, domina la vida agrícola, marca el compás de ciertos precios agrícolas y, en caso de crisis, hace culminar ciertos precios de escasez («*soudure*»). Incluso el movimiento del desempleo es estacional; y la tesis de Michèle Perrot ha puesto en evidencia la importancia de la estación para *las huelgas* del siglo XIX (no se puede hacer huelga en invierno, y en primavera la huelga estalla a veces como una «fiesta»).

CONSEJOS PARA LA UTILIZACIÓN HISTÓRICA DE LA NA- CIÓN DE COYUNTURA

Utilidad: 1) *Confluencia de lo particular y lo general*. Ejemplo; la «debilidad» de Luis XVI como causa de las impotencias del antiguo régimen y por ende de la Revolución francesa es ciertamente un factor digno de ser tenido en cuenta, pero E. Labrousse ha demostrado perfectamente que el reinado de Luis XVI coincidió con una coyuntura económica desfavorable en todos los terrenos; éste es un factor sin duda tan importante como el anterior. El análisis coyuntural evita por lo menos las explicaciones fáciles.

2) El análisis coyuntural *acostumbra mirar más allá de las fronteras*. Demasiadas veces se han buscado «causas» locales, regionales, nacionales, a situaciones de malestar de las cuales hoy sabemos que fueron generales, internacionales. Simiand decía: «no a la meteorología de jardincillo». 3) Cuidado con la *imputación a lo político*. Labrousse ha mostrado, a propósito de las tres revoluciones de 1789, 1830 y 1848, cómo las causas de malestar propias de la coyuntura se atribuyen instintivamente a «errores del gobierno». A la inversa, naturalmente, los gobiernos que tienen la suerte de coincidir con una buena coyuntura se jactan de haber traído «la prosperidad»: en 1789, año de carestía, los habitantes de París creían ver en Luis XVI y María Antonieta al «panadero» y a la «panadera»; en 1794 se atribuyó durante mucho tiempo al Terror unos disturbios típicamente «de subsistencia»; lo mismo en el análisis de las crisis rusas de 1921 y 1932, vistas desde el exterior, etc.

4) Cuidado con la *personalización de los grandes movimientos económicos*. En ejercicios de exámenes a propósito de la Rusia de los años 1890-1913 he encontrado a menudo expresiones del tipo: «Nicolás II *decidió* industrializar Rusia». Pero esto —que será cierto para Lenin— no lo es aún para Nicolás II, que puede *favorecer* un movimiento espontáneo, pero cuyo reinado se caracterizaría más bien así: desarrollo relativamente rápido (pero aún mediocre en términos absolutos) de una actividad industrial, por atracción de un país nuevo sobre los capitales en período de desarrollo general (auge de Kondratieff).

Las reservas: noción a manejar con prudencia. 1) No hay que hacer de la coyuntura un sistema de explicación formal o verbal. «Esto se explica por la coyuntura» no tiene más sentido que «llueve a causa de la meteorología».

2) Hay que estar atentos a la *multiplicidad de los ciclos*: se puede estar ante un mal momento del período corto, estando simultáneamente en un período largo de signo expansivo; invocar este último sería peligroso en la interpretación de mi elemento de duración breve. La *exigencia cronológica* que caracteriza el oficio de historiador —«fechar con precisión»— es particularmente útil en materia coyuntural; y la cronología histórica no es sólo la de los reinados, los ministerios y los conflictos.

En suma, conviene preguntarse, a propósito de toda época y de todo acontecimiento:

— ¿En qué *siglo* estamos? ¿Es un siglo de impulso o de retracción?

— ¿En qué «*fase*» nos encontramos? ¿Fase «A» o «B», decía Simiand, es decir, de facilidad o de dificultades?

— ¿En qué *momento del ciclo corto* estamos?, y ¿*ante qué tipo de ciclo*?, ¿alza de la producción, de los precios?, ¿crisis de los precios, y en qué sentido?

— En cada caso, ¿*quién* saca provecho, *quién* resulta amenazado? ¿El empresario? ¿El trabajador? ¿El rentista? ¿El productor? ¿El consumidor? ¿Cómo varía el salario nominal?; ¿y el real? ¿Cómo varía la ganancia en volumen y cómo en *tasa* (en relación con el capital)?

Así, a condición de pensarlo *dentro de un tipo de estructura* (modo de producción feudal, capitalista, de transición, etcétera), el *movimiento coyuntural* forma parte de los análisis del historiador.

